

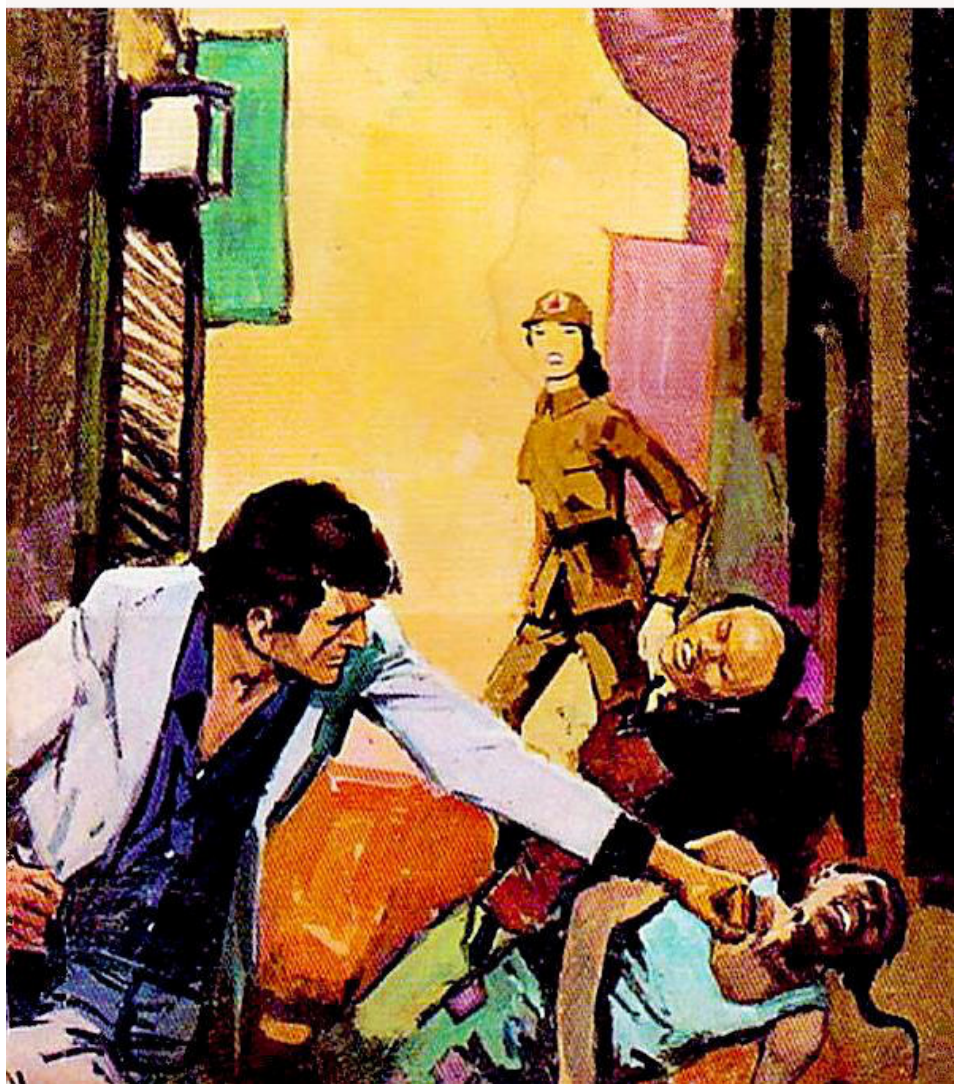
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

secreto oficial

SILVER KANE



El cuerpo humano salió despedido por encima del tejado del Wolwoorth, el más viejo y quizá el más hermoso rascacielos de Nueva York. Dio una trágica vuelta de campana ante los ventanales góticos, tan desconocidos en las otras edificaciones neoyorquinas. Desde aquella altura inmensa, los dos ojos que giraban alocados en el espacio dieron una última una trágica mirada al firmamento.

Vieron Greenwich Village, donde a aquella hora las camareras que también se ganaban la vida con las labores propias de su sexo empezaban a levantarse de las camas.

Vieron al gran padre Hudson.

Y la opulenta Battery.



Silver Kane

Secreto oficial

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1314

ePub r1.0

Lds 03.08.18

Título original: *Secreto oficial*

Silver Kane, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El cuerpo humano salió despedido por encima del tejado del Wolwoorth, el más viejo y quizá el más hermoso rascacielos de Nueva York. Dio una trágica vuelta de campana ante los ventanales góticos, tan desconocidos en las otras edificaciones neoyorquinas. Desde aquella altura inmensa, los dos ojos que giraban alocados en el espacio dieron una última una trágica mirada al firmamento.

Vieron Greenwich Village, donde a aquella hora las camareras que también se ganaban la vida con las labores propias de su sexo empezaban a levantarse de las camas.

Vieron al gran padre Hudson.

Y la opulenta Battery.

Y hasta el principio de Long Island City.

El cuerpo humano dio otras dos vueltas en el aire.

El tremendo choque pareció ir a abrir un verdadero cráter en el asfalto, mientras se convertía en una extraña masa verde, amarilla, roja y negra. Los pedazos del cadáver saltaron en todas direcciones. Un autobús que pretendió esquivarlos fue a estrellarse contra una farola; una moto que frenó mal acabó en un escaparate de equipos para novia...

Por todas partes se oyeron aullidos y gritos de horror.

Y extraños silbatos de policías que parecían estar saliendo de debajo de tierra.

El parabrisas de uno de los coches estacionados quedó teñido de rojo.

Los dos hombres que habían iniciado la persecución por los tejados del Wolwoorth llegaron hasta el borde y se detuvieron atónitos, sin comprender nada aún. Estaban reventados después de la tremenda carrera.

Los dos hombres iban vestidos de una manera casi idéntica.
Guardaron sus revólveres con un gesto lleno de confusión.
Era eso lo que les distinguía.

Los dos revólveres

«Smith & Wesson»

calibre 38 LS, con cañón de estriado especial, son los reglamentarios en el FBI. Sólo la exhibición de aquellas dos armas les acreditó como dos federales. Se miraron atónitos uno al otro mientras el viento helado que llegaba desde la bahía les daba en la cara.

—¡Parece imposible! Ese tipo se ha... se ha querido matar...

—Pues no le hemos disparado una sola vez...

—Y al verse acorralado no ha vacilado en lanzarse al vacío.
¡Infiernos! ¡Debía llevar encima algo muy importante, algo por lo que no ha vacilado en morir!... ¡Vamos abajo, Nichols! ¡Vamos antes de que sea demasiado tarde!

Los dos hombres descendieron como gamos.

Una vez en la calle, corrieron frenéticamente hacia el enorme grupo que ya rodeaba el lugar de la caída.

El tráfico se había paralizado.

A lo lejos se oía ya el ulular de las sirenas de la policía.

Mostraron sus credenciales.

—FBI... Dejen paso. Pronto... ¡Dejen paso!

Una vez ante el cadáver, estuvieron a punto de retroceder. Jamás habían visto un aniquilamiento semejante.

—Nichols... Cuidado donde pisas.

Los dos se acercaron, con una mueca de asco. El más viejo tendió la mano a un papel que milagrosamente el muerto aún conservaba entre los dientes, como si se lo hubiera querido tragar. Lo retiró con timidez, procurando no rozarlo casi.

Desdobló el papel.

No cabía duda que el chino había muerto por aquello.

Intentando desesperadamente tragarse y ocultar lo que ya no tenía escondite posible.

Nichols se acercó también.

No se daba cuenta de que sus zapatos se estaban tiñendo de rojo.

—¿Qué dice, Pinkair?

—No lo sé. Está escrito en un inglés muy defectuoso. Hasta

parece una clave... Déjame ver mejor... Sí, eso es PAA 719. Sin duda se trata de un vuelo de la Pan American. ¿Pero hacia dónde? Y aquí un nombre... «Madigan». ¿Qué diablos significará Madigan? Y unas siglas: «TK». ¿Podría significar Tokio? Esto hay que analizarlo enseguida, muchacho. Lo importante es el nombre: Madigan. ¿Qué diablos significará Madigan?

Salieron del grupo y corrieron a toda velocidad hacia su coche, aparcado en la Avenida Tercera, pasando junto a unos paquetes de periódicos lanzados a la acera. Era la edición nacional del *Christian Science Monitor*, que acababa de salir.

En la primera página había un retrato y un título a columna. Debajo del retrato se leía:

«Alf Madigan, propuesto para el Premio Nobel».

* * *

Los dos hombres descendieron del lujoso «Barracuda» ante la puerta de autoridades del aeródromo de Tokio y exhibieron unos pases para tener acceso al interior de las zonas privadas del recinto. Cada uno de ellos llevaba un abrigo largo, ancho, pese a que casi hacía calor. Cada uno de ellos llevaba un sombrero negro. Cada uno de ellos llevaba unas gafas exactamente iguales, con gruesa montura de nácar.

Los dos visitantes, que habían exhibido un carnet de prensa diplomática perfectamente falsificado, se dirigieron a una de las tribunas que dominan las pistas.

Lo primero que hicieron fue sacar las tres piezas de las metralletas que llevaban ocultas bajo sus abrigos.

Las montaron y las volvieron a ocultar. Tal como llevaban las armas ahora, podían hacer fuego con ellas en cuestión de segundos.

Luego se quitaron los sombreros al mismo tiempo.

Debajo de las copas de éstos, y encima de sus cabezas, cada uno de ellos llevaba una pequeña «Baretta» del 7'65. El cargador estaba completo, y las balas, pese a su pequeño tamaño, tenían la punta blindada.

Por fin ajustaron sus gafas.

Los cristales, que parecían sencillos, eran en realidad dobles. La

montura desmontable hacía que pudieran separarse o unirse, exactamente igual como se hace con los cristales de unos prismáticos. Aquellos dos hombres tenían en sus gafas dos verdaderos y potentes largavistas.

Eso les permitió ver perfectamente las enormes pistas.

Varios «Jumbo» y varios

«DC-10»

aguardaban, haciendo oscilar ya sus intermitentes, la hora de la salida. Los ojos de los dos hombres recorrieron sus siglas, que abarcaban todos los países del mundo: Japan Airlines, Air India, K. L. M, Air France, Philippines Airlines, TWA...

De pronto uno de ellos susurró:

—Mira...

Los cristales giraron. A pesar de la larga distancia, apreciaron perfectamente las siglas del «Jumbo»: PAA. Tenía que ser el vuelo 719.

—Vamos.

Los dos hombres descendieron de la terraza por unas escaleras y se dirigieron a buen paso hacia el furgón que transportaba los últimos equipajes. Los viajeros ya estaban dentro del «Jumbo», en espera de la salida, pero parte del utillaje aún había de ser cargado. Sin preocuparse de disimular sus metralletas, los dos hombres subieron en el furgón.

Ahora habían mostrado sus verdaderas credenciales. Por tratado de asistencia firmado entre Washington y Tokio, algunos hombres formados en la CIA tenían allí tanto poder como los más altos miembros de la policía japonesa. Nadie se atrevió a poner obstáculos cuando uno de ellos empezó a conducir la furgoneta.

Avanzaron hacia el «Jumbo».

Éste era una mole brillante, inmensa, que en cualquier momento podía lanzar el rugido infernal de sus motores. Los dos hombres estaban quietos, tensos, mirando aquella enorme mole y además los menores movimientos que se vislumbraban entre las sombras.

Faltaban pocos minutos para el despegue.

Sabían que el peligro ponía venirles de cualquier lado, y sólo la rapidez de sus reflejos podía salvarles. Aquellos dos hombres estaban siempre dispuestos a disparar. Lo hacían con una precisión milimétrica y en cuestión de segundos.

El pequeño japonés se movió instantáneamente.

Apareció detrás del camión de combustible detenido en la pista auxiliar.

Llevaba en la mano una vieja pistola «Colt» calibre 45, automática, modelo 1911, tipo A1, que pese a su antigüedad resulta aún uno de los «quitapenas» más perfectos que le ha dado por inventar al hombre.

El tipejo arqueó las piernas.

Apuntó bien.

Pero el agente Sikorski, jefe de los Servicios Especiales en Extremo Oriente, le envió lo que parecía algo así como el botón de su abrigo. La ráfaga constó de ocho balas y no hizo apenas ruido, aunque le destrozó la ropa. Los motores estridentes del «DC-10»

que en aquel momento aterrizaba ahogaron los estampidos. El pequeño japonés soltó su pistola «Colt» y cayó hecho un ovillo bajo las ruedas del camión cisterna.

Sikorski hizo una mueca.

Dejaron el furgón bajo la panza del «Jumbo» y se dirigieron a la escalerilla, que aún no había sido retirada, mientras los empleados procedían a cargar los bultos en la panza del monstruo. Ni el ruido de los disparos ni la muerte del japonés habían sido notados, os dos hombres subieron las escalerillas que llevaban a la clase «President Special».

Y le vieron.

Tal como había aparecido últimamente en las fotos de los periódicos.

Alto y tranquilo.

Fuerte como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa que practicar el deporte.

Allí estaba uno de los mejores cerebros matemáticos del siglo xx. Allí estaba el hombre-computadora. Y sobre todo el gran imaginativo. Uno de los pocos seres en el mundo capaces de no dejarse aprisionar por la simple técnica, capaces de concebir que entre un logaritmo, una integral y una ecuación de los *quanta* existe una relación fundada en la filosofía, en la armonía y en la lógica, no sólo una simple relación numérica. Por eso su cerebro era capaz de combinaciones a las que las computadoras no llegarían nunca.

Los dos agentes se acercaron poco a poco.

Y también se fijaron en la belleza que estaba sentada a su lado.

Uno de ellos susurró:

—Señor Madigan...

El se quitó las gafas poco a poco. Tenía así unos ojos fríos y duros como piezas de metal. Pese a sus treinta años, parecía como si en aquellos ojos hubiera ya pensamientos de setenta o de ochenta. Sin alzar la voz preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Policía especial norteamericana. Le rogamos que nos acompañe.

—¿Cómo sé que eso es cierto?

—Aquí tiene nuestros documentos, señor Madigan, pero no es eso solo. Le diremos que usted tiene en la mesa de su despacho, en Boston, un retrato de sus padres enmarcado en plata, y que el título que está junto a la ventana, procedente de la Universidad Politécnica de Berlín, está enmarcado en verde. Eso indica que hemos estado allí. Usted no debe recordarlo, pero pidió protección el año pasado.

Madigan movió la cabeza con un gesto en el que no trataba de ocultar el asombro.

No, no conocía a aquellos dos hombres.

Pero debían haber fotografiado docenas de veces su despacho cuando no se encontraba en él. Habían estudiado hasta los últimos detalles. Eso indicaba que era cierto que habían estado en Washington, o al menos tenían relación con los agentes de allí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Le rogamos que nos acompañe.

—¿Para qué?

—Corre usted peligro aquí.

Alf Madigan miró a su mujer. Llevaban sólo cinco días casados y aquél era el viaje de su luna de miel. Notó palpar el miedo en sus ojos, pero la tranquilizó con una suave sonrisa. Luego se puso en pie mientras decía:

—¿Y mi equipaje?

—Nosotros nos ocuparemos de él.

Fue al estar ya fuera cuando el agente que antes había usado la metralleta se sinceró. Fue entonces cuando dijo con un soplo de

VOZ:

—Ha sido un mensaje, señor Madigan.

—¿Qué clase de mensaje?

—El más sencillo del mundo: va a haber tres centenares de muertos...

CAPÍTULO II

Alf Madigan lo entendió perfectamente. Un «Jumbo» tiene unas trescientas plazas. Con voz tranquila, como si aquello no le hubiera impresionado en absoluto, preguntó:

—¿Van a volarlo?

—Lo haremos registrar.

—¿Es que hay una bomba?

—Tenemos motivos para suponer que debe haberla.

—¿Qué motivos?

—Un ciudadano norteamericano de raza china se ha lanzado hace apenas un par de horas desde lo más alto del edificio Wolwoorth, en Nueva York. Dos agentes del FBI le perseguían por presunto contacto con elementos del espionaje. El tipo se convirtió en harina, pero aún conservaba entre los dientes el papel que, desesperadamente, había intentado tragar. Los hombres que le perseguían lograron recuperarlo.

—¿Y qué?

La voz de Alf Madigan no reflejaba la menor emoción.

Parecía estar habituado a aquel mundo.

—El papel indicaba su nombre y este vuelo, justo el de la compañía que iba a tomar usted. En Nueva York han hecho un trabajo muy rápido. Han verificado enseguida todos los datos y han relacionado el asunto con un chivatazo que se recibió anteayer. Un avión de la Pan American iba a ser volado en «algún punto de Asia». Todos nos hemos dado cuenta inmediatamente de que el avión tenía que ser ése.

—Pero puede ser una coincidencia...

—No. Han tratado de matarnos cuando veníamos hacia aquí. Han tratado de impedir desesperadamente que llegáramos a dar el

aviso, puesto que el avión ya estaba casi situado en pista.

Las facciones de Madigan se ensombrecieron.

Vio que los labios de su esposa temblaban.

Y dijo con voz metálica, tan inexpresiva como si aquello no tuviera la menor importancia para él:

—Me esperan en Hong Kong esta misma noche. Aunque esté en viaje de bodas he de dar una conferencia mañana; la prometí hace más de seis meses. Ni esa bomba que ustedes imaginan ni todos los agentes del Servicio Exterior juntos impedirán que llegue a Hong Kong. De modo que busquen esa bomba y déjenme seguir viaje. No puedo detenerme ni pienso hacerlo.

—Es que no vamos a detenerle, señor Madigan. Es posible que en ese avión haya más de una bomba, y después de encontrar la primera creamos que el trabajo ha terminado y estalle la segunda. Usted puede salir para Hong Kong dentro de muy poco, pero en el avión de Air France. Ya sabe que Air France tiene una línea que muere en Shanghai. Le hemos reservado por teléfono plaza en ese aparato, donde no corre ningún peligro. Espero que algún día nos lo pueda agradecer.

Madigan volvió a sonreír, aunque esta vez brillaba en sus ojos una chispita de gratitud. Vio que a su mujer aún le temblaban los labios e hizo un gesto afirmativo. Convenía salir cuanto antes de allí.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cuándo despegamos el avión de Air France?

—Dentro de media hora.

No hizo ningún comentario más. Vio que se armaba un pequeño revuelo en torno a un camión cisterna, donde acababa de ser descubierto un cadáver, pero no giró la cabeza. Su rostro permaneció impasible, indiferente, hasta que subieron al «Boeing» de Air France.

Habían sido casi los últimos en llegar a él.

Detrás sólo vinieron dos chinos con pasaporte diplomático de las Naciones Unidas. A éstos no les registraron el equipaje. Los dos agentes de la policía especial les despidieron al pie de la escalerilla. Por lo menos ahora podían estar seguros de que el importante cerebro de Alf Madigan llegaría a su destino.

Myrna no estaba tan segura.

Aún parecía aterrada.

—Todo esto ¿por qué? —balbució.

Madigan se puso un cigarrillo en los labios. Tardó mucho en encenderlo, como si ya no se acordara de que lo tenía allí. Luego dijo con un hilo de voz, de modo que sólo ella pudiera oírle:

—Tiene que ser por la plataforma orbital cuya posibilidad matemática he demostrado. La plataforma desde la que se pueden llevar haces de rayos Láser a cualquier lugar del mundo, y que al mismo tiempo es casi inatacable, puesto que el ángulo de deriva hace que se desvíe cualquier proyectil. No es más que un proyecto en el que aún he de trabajar tiempo, pero ya tiene una fantástica importancia militar... O puede tenerla. Desde que empecé esa clase de estudios, dos policías de mi propio país me vigilan como si yo fuera un fugitivo. No me dejan en paz.

—Tú nunca hablas de esos estudios, Alf...

—Bueno, ni voy a estar aburriendo a mi esposa con el cuento de los cálculos matemáticos que hago. Aparte de eso, la mitad salen al revés. Pero tú sabías lo de la plataforma porque te hablé de ello antes de que nos casáramos.

—Sí, recuerdo que me lo dijiste... Y me confesaste que quizá eso nos llegaría a separar más de una vez.

—Pues no nos ha separado, Myrna, pero ha estado a punto de enviarnos al infierno. Hay quien puede tener muchísimo interés en que yo no siga esos estudios.

—¿Por qué razón?

—Porque algún país muy poderoso, que puede llegar a tener los mismos medios que Estados Unidos, quizá no los tiene en la actualidad. Por lo menos no había oído hablar de la plataforma hasta que se filtró por algún resquicio la noticia de mis estudios. Esas cosas, a determinados niveles del mundo, siempre acaban por saberse. Entonces comprendieron que no nos darían alcance al menos en tres años, lo que les colocaría en situación muy desventajosa durante todo ese tiempo. En cambio, si me mataban, los estudios quedarían suspendidos, nadie en nuestro país lograría continuarlos de momento y... Bueno, supongo que el empate se prolongaría durante bastante tiempo. El equilibrio del terror continuaría igual. Ya sé que ahora no hay «guerra fría», pero no la hay por la sencilla razón de que las fuerzas están muy igualadas. Cualquier desequilibrio podría provocarla otra vez, y yo no quiero

que ese desequilibrio, si se produce, se produzca... a favor de China.

Myrna giró la cabeza de pronto.

Sus labios volvieron a temblar.

Musitó con un soplo de voz, que quedó casi ahogado por el primer rugido de los motores del «Jumbo»:

—¿Por qué has pronunciado el nombre China?

—Porque son los más lógicos, los únicos que pueden tener interés en todo esto. Los rusos poseen más caminos que ellos. Cuando se dan cuenta de que nosotros estamos llegando a un punto, se ponen a seguir el mismo camino y nos alcanzan. Los chinos no pueden hacerlo. Aún les faltan medios. Volar un avión con trescientos pasajeros dentro para que su país no quede en desventaja les puede parecer un medio tan lícito como cualquier otro.

—Pero eso es... horrible —susurró Myrna.

—Las cosas horribles de esa clase se utilizan cada vez más, Myrna. Tanto que la gente ya apenas se fija. Y si crees que muchos accidentes aéreos misteriosos tienen una explicación puramente técnica, eres una ingenua. Pero olvídalo. Ya estamos subiendo...

En efecto, el poderoso monstruo dejaba atrás la pista principal de despegues del aeropuerto de Tokio. Flotaba con extraña suavidad sobre los muelles de Yokohama. Y trazaba un amplio círculo para dirigirse hacia el oeste, hacia las costas misteriosas de la siempre misteriosa China.

Iba a quedarse bastante más cerca, según rezaba su billete. No llegaría ni siquiera a los Nuevos Territorios que marcan la frontera con el inmenso imperio de Mao-Tse-Tung. Se quedaría simplemente en la cosmopolita Hong Kong.

Los dos diplomáticos chinos pidieron revistas. Eran muy amables con las azafatas que les servían licores selectos, champán francés y los mejores quesos y el mejor *paté* que pueden producirse en la región de las Landas.

Madigan se puso otro cigarrillo en los labios.

Y también, como la vez anterior, pareció olvidarse de encenderlo. Uno de los diplomáticos se inclinó sobre él con una sonrisa.

—¿Fuego?

—Sí, gracias.

—¿Shanghai?

—No. Hong Kong.

—Lástima.

—¿Por qué lástima?

—Shanghai es una hermosa ciudad. Y ha cambiado tanto que usted no la conocería.

—No la he conocido nunca.

—Entonces decídase a venir. Será bien recibido en la República Popular China. Allí admiramos a los hombres inteligentes, aunque sean americanos. Si vive con nosotros una temporada descubrirá una nueva moral y una forma distinta de entender el mundo. Quedará fascinado.

—Todas las cosas que tratan de mejorar el destino de los hombres me fascinan —dijo lentamente Madigan—, y estoy seguro de que el experimento de ustedes quiere mejorar ese destino. Es posible que pida muy pronto un visado para Shanghai. De momento tengo que quedarme en Hong Kong.

El diplomático sonrió.

—Le daré un juego de impresos —dijo.

—¿Para qué?

—Para que pueda pedir el visado cuando quiera hacernos alguna visita.

Y abrió el maletín que descansaba sobre sus rodillas.

El maletín que, gracias a la documentación de la ONU, no había sido registrado.

La pistola salió a la luz.

Era una «Luger» de calibre pesado.

Su compañero también se movió.

Llevaba una «Baretta» del calibre 9.

Dos cacharros capaces de organizar una mortandad, pero capaces también de abrir unos simples agujeros en las estructuras del avión, lo que bastaría para que todos se fuesen al diablo. Las personas que estaban más cerca se dieron cuenta y gritaron. Madigan intentó moverse.

Era más fuerte que el chino.

Pero el falso diplomático tenía ya la pistola en la mano y la movió bien. El terrible golpe con el cañón casi hundió la caja

craneana de Madigan. Lo hizo sentarse mientras sus ojos se nublaban. Myrna lanzó un gemido.

La sangre saltó entre los ojos de Alf Madigan.

Pero él se estuvo quieto. Una sola cosa no podía hacer, y era exponerse a una serie de disparos que causarían una masacre. De modo que permaneció inmóvil mientras miraba con ojos terriblemente fijos a los dos hombres.

Uno de ellos le apuntaba exclusivamente a él.

El otro apuntaba al resto del pasaje de primera clase. La cortina que separaba ésta del enorme departamento de segunda estaba corrida. Los del otro lado del avión no se habían dado cuenta de nada.

Fue ese segundo el que murmuró:

—Voy a hacerme cargo de los pilotos. Si se ponen tontos, puedo dirigir el avión yo mismo.

Los ojos de Myrna miraron aterrados en torno suyo.

El golpe era perfecto. Cualquiera de los dos hombres podía incluso dirigir el «Jumbo» si la tripulación se resistía. Debían ser expertos oficiales de la aviación china. El secuestro había sido rápido, limpio, eficaz y sin ruido. Ni las azafatas de primera clase se movieron. Sólo con un gesto de las pistolas que les apuntaba comprendieron que les iba a estar prohibido pasar al departamento de segunda.

Uno de los secuestradores desapareció.

El otro seguía apuntando fijamente a Madigan como si no hubiera otra persona en el avión, como si Madigan fuera en exclusiva el motivo de todo aquello, la única persona que les interesaba en el mundo.

El joven científico bisbiseó secamente:

—¿Un secuestro?

—¿Tú qué crees, hermano?

—Ya no creo nada. Pero supongo que vuestros pasaportes diplomáticos son falsos...

—Falsificados por un tipo de Seúl, empleando el material que le proporcionaron unos soldados norteamericanos. Hay en Seúl unos falsificadores que son una maravilla.

Madigan tragó saliva. Parecía empezar a estar ya un poco nervioso, pero no lo demostró. Siguió preguntando con voz

impasible:

—¿Adónde desviáis el aparato? ¿A Shanghai?

—No, amigo, a un sitio más importante.

—¿Qué sitio?

—Pronto lo verás con tus propios ojos: un hermoso lugar donde están las murallas de la Ciudad Prohibida. Un sitio maravilloso llamado Pekín...

CAPÍTULO III

Las precauciones en Hong Kong, cuando el aparato se detuvo para repostar combustible, fueron máximas, pero no hubo fuerza humana que hiciera desistir a los secuestradores de su propósito. Ni ofertas de dinero, ni una fuga garantizada, ni amenazas, ni engaños, ni algunos disparos que pasaron rezando las ruedas del «Jumbo». Nada. Aquellos dos tipos no eran dos asesinos, ni dos idealistas, ni dos locos. Eran simplemente unos profesionales que estaban haciendo su trabajo bien.

Uno de ellos controlaba la tripulación.

En cualquier momento podía volar nada menos que ocho cabezas con sus ocho balas.

A aquella distancia, y con su pulso y su frialdad, no fallaría ni una.

El otro podía cargarse en cualquier momento a Alf Madigan.

Y eso hubiera sido una auténtica tragedia para Estados Unidos.

Las docenas de agentes especiales norteamericanos de «élite» que en Hong Kong rodearon el aparato lo sabían perfectamente. Podían cometer todas las imbecilidades menos una: prohibido poner en peligro la vida de Alf Madigan. Allí se acababa todo.

Las conversaciones en Hong Kong duraron parte de la noche, pero nada se consiguió. Mientras tanto, el clima de angustia en el aparato se iba haciendo más intenso, más áspero, más insoportable a cada minuto que pasaba. Todos sabían que habían sido secuestrados y que, a pesar de estar posados en el suelo de una de las ciudades más vigiladas del mundo, en cualquier momento podían morir. Y morir a bordo de un «Jumbo» es lo más sencillo del mundo: basta una mala maniobra, una bomba, un disparo a los mandos... Todos sabían que si aquello se prolongaba sólo tendrían

una opción: rezar por sus almas.

Por eso el clima se había cargado de tensión inaguantable.

Los secuestradores se portaron civilizadamente. Dejaron bajar a los niños, a una mujer embarazada y a un par de enfermos graves. Permitieron que las azafatas repartieran un poco de comida y té. Pero en lo demás se mostraron inflexibles: nadie iba a subir al avión; los tripulantes tendrían que volar hasta Pekín o serían eliminados sin piedad; Alf Madigan no podía ni asomarse a la ventanilla; cualquier clase de negociación, cualquier rescate, eran perder el tiempo.

Hacia las cuatro de la madrugada, hora de Hong Kong, remontaron de nuevo el vuelo. Dos cazas de la RAF les siguieron, pero sólo durante algunos segundos. A unas millas de las últimas casas ya empezaba el misterioso dominio de Mao, el oscuro imperio del libro rojo, la tierra palpitante de la inmensa China.

Los dos secuestradores sabían que habían triunfado.

Volaban ya sobre su propio territorio.

Pero ni por un momento relajaron la vigilancia. Se mantuvieron con todos los nervios en tensión. Aquellos dos tipos que ni siquiera parpadeaban parecían estar hechos de acero, de cristal y de bambú al mismo tiempo.

Myrna también tenía los ojos muy abiertos.

Pero llenos de horror.

Aquella aventura con la que jamás soñó, aquella aventura inconcebible, debía de parecerle lo más absurdo del mundo.

—Creo que... que ahora estamos perdidos —balbució.

—Sí... Reconozco que las cosas no han mejorado desde que salimos de Hong Kong. Estamos sobrevolando China.

—Creí que... En fin, yo tenía la esperanza... Pensaba que podríamos quedarnos allí.

—Yo no lo he creído ni por un momento, Myrna. Esa gente sabe lo que se hace. Me querían a mí y me tendrán. Da la sensación de que este golpe ha sido ensayado tantas veces que no les puede fallar un detalle.

—¿Ensayado? Pero... ¿pero te das cuenta, Alf?

—No son unos aficionados. Tienen detrás a todo un imperio. Y si no han necesitado disparar es porque todo el mundo sabe que dominan la situación. Más vale que trates de pensar en otra cosa,

Myrna. De momento no hay nada que pueda cambiar la situación.

Ella le miró incrédula.

Daba la sensación de que no comprendía aquella frialdad.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo, Alf? —musitó.

—Hay dos sistemas: uno, darse cuenta de que nada se puede hacer. Dos, ponerse a pensar en alguna fórmula matemática que no se haya podido resolver aún. Este último sistema nunca falla.

Había lágrimas en los ojos de Myrna.

Sabía perfectamente que algunos científicos llegados a China no habían vuelto a salir jamás de allí, fuese por su propia voluntad o fuese porque no habían podido, lo cierto era que jamás se les había vuelto a ver en sus países de origen.

Ella acababa de entrar en una inmensa, en una inacabable cárcel.

En el fin del mundo.

Madigan susurró:

—Imaginas la escena, ¿verdad?

—Sí. Las cámaras de televisión transmitiendo las imágenes del avión parado a todo el mundo... Las ediciones especiales de los periódicos... Las emisoras de radio dando ya en este momento hasta los últimos detalles... ¡Y nosotros aquí! ¡Aquí, encerrados en esta maldita jaula! ¡Sin poder salir ya nunca más! ¡Dios mío!

Estaba perdiendo el control de sus nervios. Las últimas palabras habían sido histéricas. Alf Madigan la apoyó en su pecho y le acarició la cabeza mientras decía al que le estaba apuntando:

—Creo que va a necesitar beber algo fuerte. Tráigalo.

—Lo traerá la azafata.

E hizo una seña con el mentón. La azafata, que estaba mostrando una serenidad admirable, trajo una gran copa de coñac. Madigan hizo que su esposa bebiera.

Y notó que se sentía mejor.

Volvió un poco de luz a sus ojos.

Pero se dieron cuenta entonces de que ya no había salvación posible. El círculo se había cerrado. Dos cazas chinos les estaban escoltando y guiando, uno a la derecha y otro a la izquierda. No existía ni la menor posibilidad de escapatoria. Pensar en ella hubiera sido soñar.

Pronto distinguieron las primeras luces de la aurora mientras

una inmensa masa recta, inacabable, gris, sin más alumbrado que el de las calles, una masa que parecía envuelta en una tristeza infinita se extendía bajo las alas del «Jumbo».

El hombre que les estaba apuntando con la «Luger» balbució:
—Pekín.

CAPÍTULO IV

Efectivamente, aquél era el momento en que todos los teletipos de todas las agencias informativas del mundo enviaban a velocidad frenética la noticia del secuestro. Uno de los cerebros más jóvenes y prometedores de los Estados Unidos había pasado a poder de los comunistas chinos. Uno de los hombres que más secretos poseían sobre el espacio sideral ya estaba en el otro lado de la trinchera, en el rincón del mundo que pertenecía al posible enemigo. Las cámaras de televisión también transmitían vía satélite las imágenes del Jumbo detenido en las pistas de Hong Kong. Varios periódicos se decidieron a lanzar una edición extraordinaria. Los redactores de política internacional del «Pravda» también fueron despertados en la frialdad de sus apartamentos de Moscú y enviados a trabajar para saber qué infiernos significaba aquello. Para averiguar si, en un golpe de teatro, se habían roto las relaciones entre China y los Estados Unidos.

Todo eso estaba pasando fuera, pero en el avión se había producido un silencio espectral, angustioso, casi obsesionante. Los pilotos estaban recibiendo las órdenes de la torre de control de Pekín y habían puesto los reactores a un bajo régimen para ir planeando ya. Las luces del gigantesco aeropuerto se empezaban a insinuar en la lejanía.

Pekín era una inmensa masa gris y negra bajo las alas del «Jumbo».

Para mucha gente aquel aterrizaje hubiera significado el fin de una meta soñada. ¡Llegar a Pekín! ¡Poder conocer uno de los lugares más exóticos y todavía más misteriosos del mundo! Pero para un hombre como Alf Madigan aquello significaba ni más ni menos que la reclusión eterna. O al menos pareció pensarlo así cuando sus ojos

despidieron un fulgor homicida. Cuando de pronto pareció perder toda la calma que había tenido hasta entonces, cuando el equilibrio de sus nervios apareció romperse.

—¡Basta! —aulló—. ¡No me enterraréis aquí! ¡No me vais a sepultar en vida en vuestras cochinas fábricas!

Y saltó con todas sus fuerzas. El hombre que le estaba apuntando, cogido a contrapié, vaciló. Chocó bruscamente contra una de las mamparas mientras toda aquella parte del avión parecía desencajarse.

La «Luger» envió una bala.

No fue escupida para matar a Madigan, pues ese lujo tampoco se lo podían permitir, sino para herirle levemente y obligarle a estarse quieto. El plomo atravesó el suelo y quedó empotrado en el departamento de equipajes, un piso más abajo. La estructura del enorme avión no sufrió.

Pero Madigan ya estaba lanzado. Por fin parecía haberse dado cuenta de que no podían permitirse el lujo de matarle, lo cual le permitía atacar sin demasiado riesgo. Su puño derecho salió disparado.

Encontró en su camino una cabeza humana.

Aquella cabeza pareció separarse del tronco. Salió despedida hacia atrás. Un crujido de huesos llenó siniestramente aquella parte del aparato.

Se oyeron de nuevo unos gritos ahogados.

Los pasajeros estaban entrando en una especie de «clímax» del horror.

Madigan fue a lanzarse de nuevo hacia adelante.

Aún podía intentar salvarse. Quizá era una locura, pero no todo estaba perdido mientras no tomasen tierra. Al menos fue eso lo que pareció pensar mientras todos sus músculos se tensaban para el salto.

Pero ese salto no lo llegó a realizar. Madigan nunca acabó de comprender cómo diablos el segundo enemigo se había situado a su espalda. El pensaba que aún estaba en la cabina, pero de pronto lo vio allí. O, mejor aún, lo sintió. El golpe que recibió en la nuca con la culata de la «Baretta» pareció llegarle hasta el fondo de los nervios. Le dolió tan brutalmente como si acabaran de desgarrarle la columna vertebral. Cayó de rodillas mientras sus ojos se

nublaban bruscamente.

Un segundo culatazo le hizo rodar por tierra.

Los dos secuestradores no guardaban contemplaciones con él.

Se oyó un gemido de Myrna.

Sus ojos estaban desencajados.

Tendió las manos hacia él.

Pero Alf Madigan ya se estaba poniendo en pie. Había escupido un poco de sangre. Se dejó caer en el asiento mientras sus ojos nublados iban adquiriendo fijeza poco a poco. Con voz metálica murmuró:

—Ya todo es inútil. No sé qué demonios me ha pasado para querer luchar.

En efecto, estaban descendiendo ya sobre la pista. Entre la neblina baja de la mañana, las balizas se perdían en el infinito.

—Alf... No debiste... hacerlo.

En los ojos de Myrna había lágrimas. Era al fin y al cabo, la esposa enamorada que sólo piensa en la seguridad del hombre al que quiere. Lo demás parecía ser secundario para ella. Madigan la tranquilizó con un gesto.

—No te preocupes —musitó—. Me siento mejor.

—Esto es... es miserable. Algún día los americanos vendremos a invadir este cochino país y... y...

—Para que nosotros invadiéramos este país tendrían que haber muerto antes millones de inocentes, Myrna. No pienses en eso.

—Lo que quiero decirte es que... que cada vez me siento más orgullosa de ser norteamericana y de pertenecer a un país libre. No colabores jamás con esa gentuza, Alf. No lo hagas aunque nos maten a los dos.

Él se limpió fugazmente la boca por la que brotaban aún algunas gotitas de sangre.

—¿Crees que voy a colaborar con ellos, Myrna? ¿Pero es que no me conoces aún? ¿Piensas que voy a cometer esa indignidad?

Los dos miraron entonces por la ventanilla, como si un imán atrajera sus ojos hacia allí. Vieron, ya al nivel de las pistas, unos edificios sórdidos, feos y grises que debía ser grandes almacenes y «docks» para mercancías pesadas. Al borde del *macadan* había camiones con policías de seguridad y milicianas del pueblo. Todas las precauciones habían sido tomadas. Vigilado por centenares de

hombres, Alf Madigan estaba metido en una jaula de la que no podría escapar nunca.

Todos los viajeros miraban también por las ventanillas.

Parecían hechizados.

Atenazados por su propio miedo.

El «Jumbo» aterrizó suavemente, a poca distancia de un edificio blanco, con sólo dos pisos, cuyas ventanas cerradas parecían las de un pabellón deshabitado. Jamás Madigan había visto nada tan triste como aquel aeropuerto de Pekín en la hora lívida de la amanecida.

Las escaleras fueron adosadas al aparato.

Una serie de hombres vestidos de negro se pusieron en movimiento rápida y eficazmente como si fueran hormigas. Parecían surgir de debajo de tierra. Cubrieron todos los posibles escapes, formando una tupida red.

Otros hombres vestidos de caqui ayudaron a descender a los pasajeros. Se produjeron algunas escenas histéricas, pero aquellos condenados chinos tenía la virtud de calmar a la gente con su sonrisa. Parecían vendedores de una casa de antigüedades que tratan de vender una pieza a un cliente difícil. No empujaron ni presionaron a nadie. Aquello parecía una escala más en el viaje del «Jumbo». Todos los viajeros fueron introducidos en una gran sala donde las mesas estaban ya preparadas y las tazas dispuestas para el clásico té. Para que nada faltase, un gran cartel escrito en inglés, y que sin duda debía servir para recibir a las expediciones normales de turistas, proclamaba: «BIEN VENIDOS A LA REPUBLICA POPULAR CHINA».

Ni más ni menos.

A lo que parecía, todo el mundo estaba allí por su gusto.

Madigan fue a seguir a los restantes pasajeros, pero un oficial le hizo una seña. Era un tipo delgado y macilento que no llevaba la menor insignia acreditando su graduación. No obstante había una especial autoridad en sus ojos. Sólo viéndolo, ya se sentía el extraño impulso de obedecerle.

—Usted no —dijo en perfecto inglés.

—¿Pues entonces dónde?

—Sígame.

Madigan encajó las mandíbulas.

—No obedeceré ni una orden —dijo, de modo que todos los

demás le entendieran perfectamente—. Éste es un país que tiene relaciones con el mío. Exijo ver a un representante de los Estados Unidos. Y si ustedes se hacen cómplices de un acto de piratería, el mundo entero conocerá lo sucedido. Diré todo lo que he visto. Van a llevarme inmediatamente a Hong Kong o a Macao o deberán atenerse muy pronto a las consecuencias.

Su tono era seco y firme. Estaba claro que no tenía miedo. Myrna, como una esposa prudente, le tiró de la manga.

—Alf, por favor, no les provokes.

—Déjame.

El oficial chino le miró con expresión helada.

—No es indispensable que usted se haga el héroe delante de sus compatriotas, señor Madigan —dijo—. Nadie le pide que lo haga.

Las facciones del joven se crisparon.

Otra vez volvió a parecer un boxeador en lugar de un sabio.

Disparó su puño derecho.

La cara del oficial pareció esfumarse en el aire.

Si antes Madigan había sufrido dos culatazos atroces, ahora ya no parecía acordarse de ellos. El impacto envió al oficial contra la pared.

Madigan se revolvió con la rabia de un tigre acorralado.

Pese a saber que todo estaba ya decidido, parecía fuera de sí.

Envío por los aires a dos chinos que se le lanzaban encima.

Uno fue a parar bajo las escalerillas del aparato. El otro, en cambio, casi subió por ellas hasta llegar a la puerta del «Jumbo».

Pero inmediatamente volvieron a atacarle varios chinos más.

Dos de ellos le sujetaron los brazos por detrás y le aplicaron una dolorosa llave de «judo». Otros cuatro le sujetaron por las piernas. El que parecía dirigir el grupo le apretó la tráquea con dos dedos, pero de forma tan especial que por poco se la rompe en dos pedazos.

El oficial volvió hacia él.

Se restañaba la sangre.

Dijo con voz opaca:

—Repito que no hace falta que se haga el héroe delante de sus amigos, señor Madigan. Sólo estará separado de ellos el tiempo indispensable, y además garantizo que no les ocurrirá nada. Sígame.

Le indicaba una sala distinta de aquélla por la que iban entrando

los demás pasajeros.

Todos tenían las miradas fijas en él.

Le admiraban y le compadecían a la vez.

Se daban cuenta de lo mucho que tenía que sufrir aquel hombre. Y estaban seguros de que jamás saldría de China.

Alf Madigan decidió al fin seguir al oficial. Su esposa se pegó a él como una sombra. Temblaba. Entre el eco apagado de sus pasos se la oía murmurar:

—Pagarán esto... Sé que pagarán esto, Alf... Y a ti no te dominarán así como así... No podrán vencerte... De todos estos malos tratos se arrepentirán algún día, porque tú seguirás siendo fiel a tu país. Seguirás siendo fiel...

Atravesaron la gran sala vacía.

Ahora ya estaban separados de los otros pasajeros. Una corte de chinos vestidos de negro les rodeaba. Más allá de la puerta de cristales, un enorme retrato de Mao sonreía al infinito mientras unas grandes letras rojas afirmaban en chino: «EL TRABAJO ES EL EXITO DEL PUEBLO».

Salieron a una gran explanada.

Y allí los ojos de Myrna pestañearon.

Estuvo a punto de detenerse.

Pero una voz opaca dijo a su espalda:

—Siga.

Todo había cambiado. Todo era distinto. Miró como alucinada en torno suyo.

Los brillantes uniformes...

La banda de música...

Las banderas rojas...

El oficial que mandaba la tropa dijo en perfecto inglés:

—Presenten... ¡ARMAS!

La compañía de honores se movió con marcialidad perfecta.

Las manos enguantadas de blanco golpearon las culatas.

Los fusiles formaron una línea perfecta, recta, impávida.

La banda de música actuó entonces. Una muda orden hizo que los instrumentos se alzaran un poco. Sobre la neblina baja, en el silencio augusto de la mañana, resonaron los primeros compases de *La Internacional*.

Alf Madigan la escuchó en actitud de profundo respeto, con la

mano sobre el corazón, manteniendo su alto cuerpo en actitud de firmes.

Myrna tenía la boca ridículamente abierta.

Sus ojos desencajados miraban aquella escena increíble.

Los últimos compases de *La Internacional* se perdieron entre la neblina.

El coronel que mandaba la fuerza de honores se acercó entonces a Madigan. Saludó rígidamente.

Y murmuró:

—Gracias, camarada. Gracias en nombre de nuestro pueblo por ayudar a la República Popular China.

CAPÍTULO V

Myrna lanzó un ronco gemido.

Sus ojos estaban completamente desencajados. No veían. Todas las imágenes, desde las brillantes botas de los soldados hasta los cañones pavonados de los fusiles se perdían para ella en una especie de alucinación sin sentido. La voz resonó en sus oídos como si viniera de otro planeta, de otro mundo:

—*Gracias por ayudar a la República Popular China... Gracias por ayudar a la República Popular China...*

—«¿Ayudar?»...

Otra vez el gemido se repitió.

Entonces los dos secuestradores avanzaron también hacia Alf Madigan. Con perfecta distinción militar, se cuadraron ante él.

—Comandante Piando, señor.

—Capitán Do Lin.

—Siento haber tenido que golpearles —dijo Madigan con una sonrisa—, pero comprenderán que ante los otros pasajeros tenía que dar verosimilitud al asunto. No sé si me he pasado de la raya.

—De ningún modo, señor. Nosotros también hemos sentido tener que golpearle con las culatas. Podemos garantizarle que ha sido como si los golpes los recibiéramos nosotros mismos.

—Ha sido absolutamente necesario. ¿Qué impresión han obtenido los otros pasajeros? ¿Creen que todo ha sido verdad?

—Absolutamente, señor. La representación ha sido perfecta.

—Pues vamos. No hace falta que siga aquí.

—Naturalmente, señor. A sus órdenes.

Los dos se cuadraron militarmente.

Dieron media vuelta y se alejaron de allí.

Madigan se volvió hacia su mujer.

Vio los ojos aterrados.

La boca entreabierta.

Captó la respiración angustiosa y silbante.

—Vamos —fue todo lo que se le ocurrió decir al hombre—. No hay que perder tiempo. Salgamos de aquí...

Y se dirigió al coche que le estaba esperando detrás de la compañía de honores.

En el asiento posterior de éste le esperaba una magnífica bandeja de marfil labrado con una inscripción:

«CON LA GRATITUD DEL PUEBLO CHINO»

* * *

Las calles de Pekín desfilaban ante sus ojos como si fuesen todas iguales, todas concebidas por el mismo arquitecto y edificadas por el mismo albañil. Las ventanas tenían la misma simetría, las puertas el mismo volumen, los árboles también parecían haber visto nacer al mismo tiempo la misma hoja... La ciudad, al menos por la parte que estaban recorriendo ellos, ofrecía el aspecto de un inmenso pasillo en una inmensa fábrica que se prolongaba hasta el infinito.

Pero al mismo tiempo, dentro de aquella uniformidad y casi aquella tristeza, se desarrollaba ante sus ojos un espectáculo que tenía algo de fascinante y de maravilloso. En aquellas primeras horas del día las aceras de las calles estaban llenas de hombres y mujeres que practicaban la gimnasia con la sonrisa en los labios. Viejos, niños, muchachas, todos exhibían una perfecta forma física. Todo Pekín despertaba al trabajo, en aquella mañana gris, con una especie de canto a la salud y a la fuerza física.

Pero los ojos de Myrna no demostraban admiración ni asombro. Sólo denotaban horror. No se había atrevido a posarlos en su marido durante todo el trayecto, como si la simple visión de aquel hombre manchara. En el silencio del coche que rodaba a poca velocidad, sólo se oía a intervalos el castañetear de sus dientes.

Llegaron entonces a un edificio de dos pisos que parecía hecho todo él con auténtica laca china. A los rayos del sol brillaba como una joya. Todo él rojo y oro, todo él limpio, todo él con esa distinción de las cosas antiguas, era una auténtica maravilla,

custodiada por una sólida guardia que lo rodeaba casi por completo.

El coche descendió por una rampa y atravesó una puerta de acero que se había abierto poco a poco.

El automóvil les dejó en la mismísima puerta del despacho.

Un hombrecillo arrugado, de edad indefinible, que tenía la dignidad de un viejo mandarín, salió a recibirles. Merecedor de la absoluta confianza de Mao, había participado con él nada menos que en la Larga Marcha, cuando las tropas rojas, perseguidas por Chiang Kai Chek, tuvieron que refugiarse en las ignotas regiones del Norte.

—Bien venido a la República Popular —dijo a Madigan—. Gracias por haber querido ayudar a nuestro pueblo.

Y les ofreció dos butacas.

Myrna cayó materialmente en una de ellas.

Parecía no poder respirar.

Alf ni siquiera la miró. Llevaban sólo cinco días casados y ya parecían separarles siglos de indiferencia y olvido. Daba la sensación de que Myrna había dejado de existir para él.

El viejecillo susurró:

—Soy Kobe Lehin, presidente de una de las secciones del Consejo de Comisarios del Pueblo. El gran presidente Mao me distingue con su afecto y su confianza, por lo que todo lo que yo le diga, señor Madigan, será como si saliese de su propia boca. Y ante todo, después de darle las gracias de nuevo, quiero ponerle en antecedentes de los sistemas que han sido empleados para que usted pudiera llegar hasta aquí. Le ruego que me escuche con toda atención.

Madigan se puso un cigarrillo en los labios.

También se olvidó de encenderlo.

Musitó:

—Nos obligaron a cambiar de avión en Tokio.

—Estaba previsto —dijo el viejecillo.

—¿Por qué?

—En el avión de la Panam, que usted hubiera debido tomar, se concentraba toda la vigilancia. En cambio el avión de la Air France no lo vigilaba nadie.

—¿Qué razón había para que se vigilara el avión de la Panam?

—Muy sencillo. Uno de nuestros hombres, en Nueva York, dio una pista falsa. Cuando le perseguían los federales, dio un salto mortal desde toda la altura del rascacielos Wolwoorth. Yo, señor Madigan estuve una vez en Nueva York, para visitar las Naciones Unidas, y me pude dar cuenta de lo viejo, hermoso y alto que es ese edificio. Según hemos podido saber, no quedaron de nuestro hombre más que unos pocos restos esparcidos por el asfalto. Pero en su boca, como si hubiera querido tragárselo, llevaba un mensaje con una pista falsa sobre el avión de la *Pan American*. Fue un gran héroe. Sirvió a su pueblo *entregándole lo único que tenía: la vida*. Las canciones de *nuestros soldados* y *el recuerdo* de nuestros niños perpetuarán su *grandeza*.

Madigan abrió la boca sin querer.

El cigarrillo cayó de entre sus labios.

—¿Quiere decir que... se sacrificó voluntariamente? —susurró.

—Sí.

—¿Y ustedes están orgullosos?

—Era un soldado.

—¿No podían haber inventado un método... más humano?

—Observo que no le gusta, pero hay determinadas actitudes que uno no puede evitar. Son absolutamente necesarias.

—Lo... lo comprendo.

—No fue él sólo el que se sacrificó —dijo el viejecillo con la misma voz tranquila que si estuviera recitando las máximas de Confucio—. También en el aeropuerto de Tokio un ciudadano japonés que pertenecía al Partido disparó contra Sikorski, un agente especial de los servicios de protección norteamericanos. No tenía interés en matarle, sino que sabía que Sikorski iba a liquidarle a él. ¿Motivo? Intentar hacer creer a toda costa que el secuestro iba a tener lugar efectivamente en el avión de la *Pan American*, y que todo estaba preparado para que los agentes de seguridad no llegaran hasta él. Y los hombres destacados en Tokio por el grande, poderoso y honorable país de usted cayeron en la trampa.

—Siga —susurró Madigan.

—Bien... A aquella hora, y con destino a Hong Kong, no había más que otro avión, el de Air France que hace la ruta de Shanghai. Ya sabe que sólo Air France tiene esa concesión otorgada por nuestro Gobierno. Era, pues, absolutamente lógico, que le

trasladaran a él, creyendo que en ese aparato no había ningún peligro, pero era allí justamente donde se encontraban nuestros hombres dispuestos a efectuar el secuestro. Como usaban pasaportes diplomáticos muy bien falsificados, no habían sido registrados sus equipajes y pudieron subir sus armas. Lo demás ya lo sabe, señor Madigan. La comedia ha resultado perfecta. Agradezco de verdad que usted se pusiera en contacto con nosotros, hace seis meses, para ofrecer sus servicios al noble y abnegado pueblo chino.

Myrna pudo decir al fin:

—¿Pero es que hace seis meses tú ya... ya...?

Su voz se estranguló.

—Más tarde te explicaré todo lo que haga falta, Myrna —bisbiseó él—. Pero ahora olvídame por unos minutos.

Y volvió a mirar al viejo mientras preguntaba:

—¿Por qué han tardado tanto en utilizarme?

—El ratón que hace tratos con el león tiene que convencerse de que el león no quiere devorarlo, señor Madigan —dijo el anciano—. Ustedes son un grande y poderoso pueblo con organizaciones tan perfectas que nosotros no podemos ni copiarlas. Habíamos de convencernos de que usted era sincero, en primer lugar; después, que nadie sospechaba; y, en tercer lugar, preparar una escena que no se improvisa en dos días. Compréndalo.

—Claro que lo comprendo. ¿Pero qué va a pasar con los viajeros que me han acompañado? Este país tiene relaciones con los Estados Unidos. Va a haber una reclamación.

—Claro que la habrá, señor Madigan. Y la esperamos: Será un honor darle respuesta. Los pasajeros serán devueltos y todos explicarán que usted se ha quedado aquí a la fuerza. Su honor quedará limpio por si un día decide volver a los Estados Unidos. Nosotros no pretendemos retenerle siempre aquí porque eso no sería jugar limpio con un colaborador tan desinteresado. Y en el caso de que decida regresar, tiene que hacerlo con ciertas garantías para que sus propios hermanos de raza no le persigan.

—Pero las autoridades de Washington me reclamarán también a mí. ¿Cómo van a retenerme? Ustedes no me explicaron eso.

—Diremos que está *usted gravemente* enfermo, señor Madigan, tan enfermo que no *resistiría* un traslado. Durante cerca de seis meses, *tiempo* que necesitamos para nuestro trabajo, usted será *una*

especie de moribundo. Los médicos que el gobierno *norteamericano* envíe lo comprobarán personalmente *en las horas* que nosotros designemos.

—¿Pero cómo diablos van a comprobarlo personalmente si yo estaré más sano que una rosa?

—Calma, señor Madigan, calma... China es un país noble y viejo. Largos siglos de experiencia nos han enseñado a la perfección las maravillosas virtudes de los catalépticos, que como usted sabe son sustancias que provocan síntomas mortales sin que el organismo sufra el menor daño. Por descontado que nuestras fórmulas son secretas, de modo que ningún médico norteamericano podrá descubrirlas. A determinadas horas, cuando le visiten, usted no será más que un cadáver por el que valdrá la pena rezar. Pero después será un hombre perfectamente normal que trabajará en nuestra universidad secreta y en nuestros laboratorios matemáticos.

Y añadió:

—Pasado medio año, podrá volver a Estados Unidos sí lo desea. Nadie le retendrá.

—¿Y los dos secuestradores? Los Estados Unidos querrán que sean castigados. ¿Qué van a hacer con ellos?

—Serán castigados —dijo enigmáticamente el viejo.

—¿Quiere decir que... que...?

—Hay que dar una sensación de realismo, señor Madigan. No sé si me ha comprendido. De *perfecto realismo*. No creo que la cosa llegue tan lejos, pero si deben ser fusilados serán fusilados. Ellos ya están de acuerdo en eso. Es un riesgo que han aceptado para servir a su país.

Tras una breve pausa, añadió:

—Parece que nuestros procedimientos no le gustan...

—Los encuentro crueles. Asquerosamente crueles —dijo Madigan con voz espesa.

—Porque usted es un científico en lugar de ser un soldado, amigo mío, pero cada oficio tiene su sacrificio y su lógica. De todos modos, por si le sirve de consuelo, le diré que no creo que haya más muertos. Y ahora vaya a su hotel. No quiero entretenerle más. Estará deseando hablar a solas con su esposa.

Y se puso en pie.

Su figura apenas destacaba en la inmensa sala, una sala fría y

hostil.

Madigan también se puso en pie.

Myrna fue a imitarle, pero no lo consiguió.

—Van a vivir en un hotel que es una villa privada con magníficos jardines —explicó el viejecillo—. No les faltará de nada, ni siquiera el canto de los mejores ruiseñores de Pekín. Usted tendrá todo el material científico que necesite, señor Madigan, y su esposa toda la calma que sus nervios requieran. Háganme el honor de seguirme. El coche les espera para llevarles.

Indicó la puerta.

Myrna pudo levantarse al fin.

Sus ojos estaban desencajados de nuevo.

Le parecía ver a su marido como a través de una niebla.

Cuando estuvieron los dos de nuevo en el coche, tuvo que hundir la cabeza entre las manos. Angustiosamente, ahogadamente, se puso a sollozar.

CAPÍTULO VI

El hombre estaba trabajando desde dos horas antes. Su poderoso cuerpo de piel amarilla estaba sudoroso, pese a que en la zona de Pekín no hacía ningún calor.

Había abierto en la pared un *hueco* muy amplio, dejando al descubierto las tuberías. El pico estaba casi mellado después de tanto golpear piedra, y a su lado había un gran soplete con un tubo de oxígeno. Sin duda tendría que hacer una soldadura en las tuberías.

Parecía muy cansado.

Otro chino vino hacia él.

Tenía una mirada quieta y tranquila, pero penetrante como un cuchillo.

Con voz metálica preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Me han dado orden de que arreglara estas tuberías.

—¿Quién te la ha dado?

—El coronel Meiji. Dice que la casa tiene que estar en perfectas condiciones para cuando lleguen los americanos.

—Ni americanos, ni filipinos, ni japoneses, Wong. Tú no sabes quién va a alojarse aquí. Tú no sabes nada. Acabas de cometer una grave imprudencia. Las órdenes que recibisteis todos los que estáis aquí fueron muy estrictas: no ver ni oír nada. Sólo yo tengo el privilegio de entrar en la casa. Los demás debéis hacer sólo el trabajo que se os ordene y nada más. Y ahora sigue trabajando. Voy a ver al coronel Meiji.

—¿Para qué?

—Necesito saber qué defecto tenían esas tuberías.

—Perfecto. El te lo explicará.

Y el inspector volvió la espalda.

Estaba absolutamente confiado.

No se dio cuenta ni por un momento del brillo homicida que aparecía en los ojos de Wong. No vio que éste alzaba el pico. Sólo en el último segundo le destrozó aquel dolor atroz que le llegaba hasta las entrañas.

El pedazo de metal le había atravesado la nuca.

Una muerte salvaje que hubiera hecho temblar los párpados de un verdugo.

Luego, Wong metió el cadáver en el hueco que había preparado. Con el falso pretexto de arreglar las tuberías, aquello era en realidad un nicho.

Encendió el soplete y empezó a quemar las ropas de su víctima, para que no pudiera ser identificada por ellas. Luego la llama del soplete le destrozó la cara. Se la fue comiendo hasta el hueso. Cuando terminó el siniestro trabajo, aquello no era más que una masa informe que no hubiera podido ser reconocida ni por la madre de la cual nació un día.

Wong había preparado aquello con la paciencia de un artesano chino de los que fabrican muebles de laca. El nicho abierto en la pared con el pretexto de arreglar las tuberías era una auténtica obra de arte. Y también fue una obra de arte, pero siniestro, la destrucción del rostro del hombre que iba a quedar emparedado allí. Aunque lo descubrieran, cosa poco probable, tardarían bastante en averiguar su identidad de una manera cierta.

Inmediatamente el chino tapó el hueco. Por fin, para que nadie pudiese notar nada, colocó de nuevo en la pared, mediante ganchos, las enredaderas que antes había separado.

Luego Wong sonrió, contemplando su obra.

En su sonrisa había algo de helado y siniestro.

Fue a vestirse a un pequeño cuarto que había al otro lado del jardín. Sobre el uniforme color caqui se puso la única cosa que había arrancado al cadáver de su jefe.

La pequeña placa metálica que le permitía entrar en la casa. Era una placa con una contraseña.

CAPÍTULO VII

Myrna miró aterrada en torno suyo.

Paredes blancas y desnudas, aunque escrupulosamente limpias. Muebles un paco pasados de moda, aunque muy valiosos. Cortinas de seda. Porcelanas que adornaban discretamente los rincones de las salas.

Aquél iba a ser su nuevo hogar.

Miró a Alf Madigan como si él acabara de llegar de otro planeta.

Como si no lo conociese.

Con voz que tampoco parecía la suya, murmuró:

—Alf..., ¿es posible?

—Quisiera explicártelo, Myrna.

—¿Cómo te atreves a... a explicar nada?

—Eres tú la que necesita saber, no yo. Y puesto que vamos a vivir aquí un mínimo de seis meses, más vale que hablemos claro de una vez. Debo decirte ante todo dos cosas: las dos son las más importantes de mi vida.

Las lágrimas casi cubrían los párpados femeninos.

—Dilas —balbució.

—La primera de ellas es que te quiero y que no soportaría perderte. La segunda de ellas es que hago esto por puro idealismo, sin que me mueva ningún interés bastardo. Simplemente me he preguntado cuáles son mis responsabilidades de hombre de ciencia. He pasado años atormentado con el problema, de mi responsabilidad, de mi deber para con los otros seres humanos. Y al final he tomado una decisión.

—Si hicieras esta cochinada por dinero aún lo entendería, Alf. O al menos trataría de entenderlo. Pero... ¿el idealismo? ¿La responsabilidad? ¿Cómo estás tan loco para creer que se pueden dar

armas al enemigo a fin de que mate a tus propios hermanos?

—Mis hermanos no son sólo los que hay en Estados Unidos —dijo él sombríamente—. Son también todos esos hombres y mujeres que has visto haciendo gimnasia en las calles de Pekín, y que a estas horas ya trabajan para que su país sea más grande. La ciencia es internacional, Myrna. No puede usarse para que unos países destruyan a los otros. Y además hay otra razón de peso: existe el «equilibrio del terror».

—¿El «equilibrio del terror»? ¿Qué nueva necedad es ésta?

—Una necedad que ha hecho posible el que no hubiera ninguna guerra mundial más desde 1945. ¿Te parece poco? Si Rusia hubiese llegado a poseer un arsenal capaz de destruir a Estados Unidos, posiblemente la hubiera declarado más de una vez en los últimos treinta años. Y si los Estados Unidos lo hubieran tenido, habrían hecho lo mismo. Pero como uno era tan poderoso como el otro, nadie se atrevió. Con China pasa lo mismo. Caso de no poseer Pekín la bomba de hidrógeno, las dos superpotencias se la hubiesen merendado. Pero ahora las superpotencias son tres, y en bien de la paz conviene que sus armamentos estén equilibrados. De ese modo no tendrán más remedio que entenderse. Y el mundo podrá aspirar entonces a otros treinta años de paz.

Myrna le miraba fijamente, pero seguía habiendo lágrimas en sus ojos. Parecía no comprender. Movi6 la cabeza negativamente mientras decía con terquedad:

—Todo eso es... mentira.

—No, Myrna, no es mentira, y tú lo sabes. Ahora los medios de destrucción que la ciencia puede poner en manos de los hombres son tan aterradores que un científico debe plantearse ante todo un problema moral. Sería un crimen contra la humanidad olvidarse de que lo que hace puede servir para matar a millones de semejantes. Y voy a añadir algo más: no cometo una traición. Lo que voy a enseñar a los chinos, lo tienen ya los norteamericanos, puesto que durante toda mi vida he trabajado para ellos. Lo que pretendo es que los chinos lo tengan también, con lo cual es como si las armas de los dos hubieran quedado destruidas. Todo lo que se equilibra, no puede servir para dañar al otro.

Pero Myrna no se convenció con esas razones. Movi6 la cabeza negativamente. Sus ojos siguieron anegados en lágrimas.

—Vete... —silabeó—. ¡Me das asco! ¡Me produce un escalofrío sólo mirarte! ¡Vete, asqueroso! ¡Vete!...

Alf soportó los insultos con expresión impávida.

Mientras señalaba la puerta, susurró:

—Los chinos pertenecen a un viejo y sabio país. Como si hubieran adivinado nuestras palabras, ya han instalado dos dormitorios separados, por lo que veo. No te preocupes, porque no te tocaré. Si tú consideras que nuestro matrimonio debe terminar a partir de ahora, dalo por terminado. Pero no cambiaré de opinión en lo que considero mi deber de hombre.

Y fue hacia la puerta que había al fondo.

Ya en la otra habitación, vio las paredes blancas, frías, casi hostiles, de aquella habitación que iba a ser suya durante seis interminables meses. Vio los muebles entre los que tendría que vivir y que iban a quedar para siempre grabados en su memoria. Vio los libros que ocupaban todo un panel de pared y que, en número de unos cinco mil, formaban una de las bibliotecas especializadas más importantes del mundo.

Pero no fue sólo eso.

También sintió el contacto de aquella hoja de acero junto a su garganta.

CAPÍTULO VIII

Madigan tampoco se inmutó, pese a saber que allí podía estar su fin. Simplemente bajó un poco la cabeza. Se dio cuenta de que la hoja de acero casi penetraba en su piel.

Pero nada más.

El machete no siguió avanzando. Una voz queda y que hablaba un perfecto inglés le dijo, junto a su nuca:

—Debe perdonarme, señor Madigan. Pero he hecho esto para que se de cuenta de que puede confiar en mí. Para que advierta que, cuando hace falta, sé moverme con el silencio y la rapidez de un gato.

Y el machete se retiró.

Alf se volvió poco o poco.

Sus facciones seguían impasibles.

Pudo ver a su espalda al hombre vestido con el uniforme caqui. Un hombre muy fornido, que llevaba sobre el pecho una plaquita metálica con una contraseña.

En sus ojos había una expresión quieta, helada.

—Hermoso discurso el pronunciado ante su mujer —dijo mientras guardaba el machete—. A mí casi me ha convencido.

—¿Lo ha oído todo?

—Sí.

—¿Cómo es posible que estuviera aquí?

—En primer lugar porque puedo meterme en cualquier sitio donde convenga. En segundo lugar, porque ahora soy uno de los pocos hombres que tienen permiso para entrar en esta casa.

—¿Cuál es su nombre?

—Wong.

Alf Madigan dejó de mirarle. Hubo una especie de gesto de

cansancio en él. Se puso, como siempre, un cigarrillo en los labios y olvidó encenderlo. Luego se dejó caer en una de las butacas mientras la soledad parecía entrar en su cerebro como un veneno.

—¿Qué pasa con los micrófonos? —susurró—. No me cabe duda de que esta casa está hinchada de ellos. No me sorprendería saber que me han metido uno dentro de la oreja.

—Claro que hay micrófonos —dijo Wong—. La casa está repleta de ellos, efectivamente. Pero los técnicos han cometido en eso un lamentable error, una equivocación indigna de la vieja ciencia china.

—¿Qué error es ése?

—Centralizar todos los sonidos que los micros recojan, en una sola estación receptora. Una especie de sala de análisis. Eso quiere decir que todo depende de un par de aparatos que pueden estropearse. Yo los he estropeado hace poco de un modo muy sencillo, consistente en deteriorar los bornes de las baterías con que funcionan. Por supuesto que eso lo repararán enseguida, pero tardarán unos veinte minutos serán mis cálculos. De modo que durante veinte minutos podemos hablar sin ningún temor.

Madigan se dio cuenta de que aquel hombre conocía su oficio.

Podía confiar en él.

Pero, en lugar de estar alegre, la tristeza pareció concentrarse en sus ojos. Pareció hacerse maciza y densa. Wong lo notó.

—Debe ser terrible —dijo, como si de pronto lo comprendiera.

—¿Ser terrible? ¿El qué?

—No poder decir la verdad ni a la propia esposa. Pasar como un traidor a los ojos de ella. Simular ser un vendido a los enemigos del propio país, cuando en realidad uno está trabajando para él con todas sus fuerzas.

Madigan afirmó con un gesto de cabeza.

Se puso en pie.

Había algo de derrotado y de caduco en él, como si de pronto hubiera envejecido.

Wong dejó de mirarle mientras guardaba un respetuoso silencio. Al cabo de unos instantes, Madigan, con los ojos perdidos en la luz lechosa de la ventana, susurró:

—Sí... Es terrible no poder decir eso ni a la propia esposa. No poder decir que el propio gobierno de Estados Unidos me ha

enviado aquí. Que los chinos han hecho una comedia, pero nosotros hemos hecho otra. Y que en estos momentos tenemos todos los naipes en nuestra mano... menos uno. El que me hubiera dado la estimación de la mujer a quien quiero. Pero ése es el único naipe que no puedo jugar. Ella tendrá que despreciarme hasta el fin, hasta que todo haya terminado. Durante seis meses al menos tendrá que sentir una náusea al verme, al oírme respirar. Al notar mi presencia.

Wong dijo lentamente:

—Le compadezco, señor Madigan.

—No lo haga. Acepté ese riesgo y debo pasar por él.

—¿Pero por qué se casó? ¿No hubiera sido mejor venir solo?

—No —dijo firmemente Madigan—. La luna de miel era un magnífico pretexto para el viaje. Además, fue ella la que quiso casarse; insistió hasta el fin.

—¿De veras no puede llegar a sospechar que...?

—No. Jamás. Me considera el traidor más pervertido de la Tierra.

Wong le miró inquisitivamente.

—Yo estoy a sus órdenes, señor Madigan —dijo—, y puede no contestarme si no quiere. Al fin y al cabo soy un mercenario que cobra espléndidamente por este trabajo. Pero ¿qué busca realmente aquí? ¿Qué quiere llevarse de China?

—Aunque parezca mentira, busco el equilibrio de los armamentos. En las palabras que he dedicado antes a mi mujer estaba la realidad.

—¿Va a darles la fórmula y las técnicas para la plataforma orbital?

—Sí. Necesito hacerlo para ganarme su absoluta confianza. Por otra parte, Estados Unidos ya la tienen, aunque los chinos ignoran eso.

—Bien... Pero repito mi pregunta: ¿qué sacará a cambio?

—Un secreto que los chinos tienen en exclusiva y que conviene que Estados Unidos tengan también: las fórmulas de vuelo del nuevo proyectil intercontinental «Selene 3», que es el más perfecto que existe. Los chinos lo copiaron de un proyecto ruso que fracasó, pero «dándole la vuelta», por lo que pueden considerarse sus verdaderos creadores. Esas fórmulas las ha mejorado últimamente el profesor Taoke Ling, que es uno de los cerebros matemáticos más

perfectos que existen. No me será tan difícil descubrirlas por una sola razón: trabajaré con él. Durante seis meses. Estaremos haciendo fórmulas en la misma pizarra e intercambiando información para mejorar la plataforma orbital. Sé que llegaré a conocer el camino que siguen sus ecuaciones, aunque él sólo me de una mínima parte de la pista. Por supuesto que no obtendré nada en los primeros dos o tres meses, pero al cabo de seis estoy seguro de que habré conseguido resultados. Las únicas tres personas que en Estados Unidos conocen mi plan me han dado ese tiempo.

Y calló. Pensó que quizá se había confiado demasiado, porque los micros podían volver a funcionar de un momento a otro. Pero la expresión plácida de Wong, le tranquilizó. Wong se jugaba más que él, de modo que debía haber tomado sus medidas.

Fue el chino el que dijo, al cabo de unos instantes de silencio:

—Le agradezco lo que ha dicho, señor Madigan. Podía habérselo llamado, pero al conocer sus pensamientos creo que podremos trabajar mejor los dos. Y ahora voy a darle algunos detalles que le interesará conocer. Primero y fundamental: soy el único que puede transmitir mensajes a Estados Unidos. Cualquier cosa que necesite en este sentido, debe comunicármela sólo a mí. Absolutamente a nadie más que a mí, o nos jugamos la vida todos, incluida su esposa. ¿Comprendido?

—Claro que está comprendido. Es un lenguaje la mar de claro. Siga.

—En caso de emergencia, dispongo de hombres que pueden protegerle. Son asesinos profesionales, igual que yo. Ya ve que no trato de ponerme encima una aureola de santo. Si hay que hacer trabajos sucios, los haremos. Si hay que matar, mataremos. Pero usted manténgase al margen. Y si algo no le gusta, cálese. Todo se hace por su propia seguridad.

—De acuerdo; también lo he entendido.

—Una tercera advertencia: los chinos somos una raza especial. Mis compatriotas son astutos como diablos. Quizá no sean los más ricos, ni los más decididos o más listos, pero saben hurgar en las interioridades del pensamiento hasta extremos que los occidentales ni siquiera imaginan. Estoy seguro de que ya cuentan con alguien que le vigile. No sé quién es, pero lo situarán a su lado de un momento a otro y usted no podrá ni remotamente imaginar quién

es. Incluso... je, je... podría ser yo mismo. Por lo tanto, no confíe en nadie, absolutamente en nadie. Mantenga sus secretos metidos dentro de una roca porque cualquier palabra de más puede hundirle. Y sobre todo, no confiese jamás a su esposa que está trabajando para Estados Unidos. Es necesario que ella le aborrezca hasta el fondo, que le aborrezca *de verdad*, hasta el fin. Un cambio de actitud sería captado inmediatamente por los chinos y usted estaría perdido.

Madigan se estremeció.

Sí. Se daba cuenta.

La expresión de Myrna cambiaría.

Y los chinos lo notarían. La acusación contra él estaría escrita en la cara de la propia Myrna.

Por eso Alf murmuró:

—No me equivocaré en eso, Wong. Sé que es un detalle esencial. Ella me odia hasta que algún día podamos salir de aquí. Y yo lo aceptaré como un sufrimiento más, puesto que es en beneficio de mi patria y en beneficio de la paz entre los hombres. Cuando acepté este trabajo, sabía lo que ocurriría.

Wong fue hacia la puerta.

Había consultado su reloj.

—Los micros van a funcionar de un momento a otro, señor Madigan —dijo—. Ahora permita que me retire.

Madigan vio cómo Wong se iba, deslizándose como una sombra.

Era cierto que se movía como los gatos.

Luego recorrió las cortinas.

Y vio que, más allá del jardín, había un cementerio. Era un delicioso, recoleto y amable cementerio chino.

Quizá lo habían puesto allí para que eligiera con tiempo su propia tumba. Los amarillos, gente delicada, son capaces de todo. Ya se sabe.

CAPÍTULO IX

Fue al día siguiente Cuando Wong tuvo su primer problema. Había calculado que las cosas se complicarían, pero no pensaba que eso fuera a ocurrir tan pronto. Estaba tomando una de sus tazas de té en la casa, al otro lado del jardín, cuando una voz metálica le preguntó:

—¿Dónde está Keino?

Wong volvió un poco la cabeza.

Sus ojos oblicuos se hicieron más oblicuos aún.

Keino era el oficial a quien él había matado el día anterior, emparedándolo en los propios muros de la casa. Sabía que no lo iban a encontrar fácilmente, pero malo era que empezasen a preguntar por él. De todos modos, con una actitud de falsa indiferencia que había ensayado muy bien, se encogió de hombros mientras seguía bebiendo su té a delicados sorbitos.

—Le habrán dado permiso —dijo.

—No se da permiso a nadie mientras en esta casa estén los que deben estar. Tú lo sabes muy bien.

—Pregúntale al coronel Meiji. El es el responsable de la seguridad. Si ha enviado a Keino a otro sitio, es cosa suya.

El oficial que le había hablado entornó los párpados. Era un hombre fiel, un maoísta convencido, uno de esos idealistas para quienes el dinero es la carroña del mundo. Todo lo contrario de Wong, quien amaba el dinero americano, los coches americanos y hasta la ropa interior de las mujeres americanas, tan distinta de la que usaban las muchachas chinas.

Aquel oficial murmuró:

—Claro que iré a verle. Pero quiero que antes tengas una oportunidad de confesar, Wong.

—Y dale con la confesión... El presidente Mao ha hecho una costumbre de las confesiones de la gente. Que si yo me he equivocado aquí, que si yo me he equivocado allá... De ese modo —piensa— la gente no volverá a reincidir en el error, y además se dará cuenta de lo insignificante que es, puesto que también se equivoca. ¿Pero qué quieres que te diga de Keino? ¿Cómo voy a saber dónde se ha metido?

—Es que, cuando desapareció, me dijo que iba a verte. Eso es todo lo que sé. Y me extraña que no haya vuelto.

Wong entreabrió un poco los labios.

Sus ojos brillaron quedamente.

—¿Él te dijo que iba a hablar conmigo?

—Sí.

—Pues no vino. No le vi.

—Eso lo decidirá el coronel Meiji.

Wong tensó los músculos un poco. Se dio cuenta de lo que aquello significaba: una investigación, unos registros, unas sospechas como mínimo. Y quizá el que le apartaran de aquella casa. Si ello era así, todo fracasaría.

Bisbiseó con falsa indiferencia:

—Bueno, vete a decírselo y que él decida...

El otro pasó por su lado.

Confiaba.

No imaginó jamás que Wong, del que ni siquiera llegaba a sospechar firmemente, le pudiera atacar por la espalda.

Pero el frío de la muerte fue la primera señal que tuvo de que se había equivocado.

La hoja de acero penetró hasta sus entrañas.

Le atravesó el corazón.

Los dientes produjeron una especie de chirrido de placer. Wong, en el fondo, se divertía con aquello. No lo lamentaba. Sostuvo a su víctima para que no cayera y le apretó las manos contra la herida para que no se desparramara la sangre.

Luego arrastró el cadáver fuera de la casa.

Más allá estaba el jardín.

Estaba el silencio.

Y dentro de unos instantes estaría la noche.

Como las sombras empezaban a cubrirlo todo, Wong se movió

con el bulto humano hacia el vertedero de basura que había entre el jardín y el barranco por el que pasaba el río. Sabía muy bien que, si dejaba el cadáver allí, las ratas subirían por la noche a devorarlo. Había millones de ratas en los agujeros de la orilla. A la mañana siguiente no quedarían más que los huesos del oficial que había sido demasiado fiel. Él se ocuparía de remover las basuras, cubriendo el esqueleto, y luego prender fuego. Nadie se extrañaría que quemara los desperdicios y nadie se acercaría tampoco por allí para buscar al desaparecido.

Así lo hizo.

Y unas horas después oyó subir a las ratas.

Eran un verdadero ejército.

Con las primeras luces del alba cubrió los restos, venciendo la náusea que le causaba el espectáculo. Luego se alejó sin atreverse a prender fuego aún, porque otros oficiales de la guardia estaban muy cerca. Tenía que actuar sin que nadie se diera cuenta de que era él quien encendía aquella enorme pira.

Fue a la casa y entró en ella.

Wong penetró en la biblioteca.

Seguía moviéndose con el silencio de un gato.

Madigan estaba estudiando en la biblioteca. Debía haberse pasado así toda la noche, porque sus ojos, aparecían cargados de sueño. Y sin embargo, seguía dando aquella sensación de fortaleza, de dureza granítica, como si fuera un animal joven siempre al acecho.

No hablaron esta vez.

Usaron el lenguaje de los mudos, que ambos conocían a la perfección.

De ese modo los micros no registraban nada.

Para los chinos que vigilaban atentamente, era como si nadie hubiese entrado en la habitación. Como si Alf Madigan continuara solo.

Las preguntas y respuestas fueron rápidas y concisas.

Wong preguntó:

—¿Y la señora Madigan?

—No sale de su habitación.

—¿Ha recibido usted visitas?

—Las de dos profesores. Y uno de ellos era Ling.

—Entonces las cosas empiezan a marchar bien...

—Por lo menos le he conocido. Tengo la certeza de que trabajaremos juntos dentro de unos días.

—¿Cree que confiará?

—De momento tal vez no, pero luego las cosas se irán resolviendo, estoy seguro.

—Yo he tenido algún problema, señor Madigan. Pero lo resolveré. Le sigo aconsejando que no confíe en nadie. Y ahora, ¿necesita algo?

—Sí. Debo enviar un mensaje a Estados Unidos.

Wong se estremeció. Vaciló un momento mientras sus manos preguntaban:

—¿Cuándo?

—Inmediatamente, es urgente.

—Lo comprendo, pero cedría esperar hasta la noche.

—¿Por qué?

—Han surgido algunos problemas, y supongo que harán una investigación enseguida. No puedo ausentarme ahora.

—No puedo esperar, Wong. Ling me ha hablado por encima de dos proyectos, y he de preguntar cuál es el que de momento interesa más a mi país.

—Olvídelo, Madigan. No puedo echarlo todo a rodar ahora.

—Bien, usted no puede arriesgarse, pero yo sí. Me pondré en contacto yo mismo con la persona que puede transmitir ese mensaje y recibir la respuesta.

—Es mucho peligro para usted, Madigan.

—Eso es asunto mío.

—Es... En fin, creo que hago mal al confiar en usted, Madigan, pero las circunstancias mandan. Se trata de un chino que arregla zapatos en el arrabal de Huang Low. Allí hay una cooperativa obrera con casas todas iguales. Usted puede pedir permiso para visitarla y hablar con sus habitantes. No les extrañará. Muchos turistas visitan esas cooperativas como si tal cosa.

—Y nuestro hombre, ¿cómo se pondrá en contacto?

—Ya procurará hacerlo de un modo que no llame la atención, pero usted debe conocer su nombre. Se llama Thieu y procede de Vietnam del Norte. Tiene unos cincuenta años y el pelo blanco. Lo demás es cuenta suya, pero tenga cuidado. Un solo fallo, hasta el

más insignificante, lo puede echar todo a rodar.

Madigan hizo un gesto afirmativo.

Cuando quedó solo, otra vez la nube de tristeza pareció flotar en sus ojos, pareció llenarlos.

Durante parte de la noche había oído los sollozos de Myrna, de la que sólo le separaba un tabique. Pero parecía como si una verdadera muralla de odio, de silencio y de muerte les separara de verdad a los dos. Como si se hubieran situado en los dos polos de dos planetas distintos.

Madigan se dispuso a recoger sus cosas.

Tendría que apañárselas para visitar el arrabal de Huang Low aquella misma mañana.

CAPÍTULO X

Como todas las cooperativas obreras de Pekín, la de Huang Low tenía un aspecto cuantioso y, sin embargo, escrupulosamente ordenado y limpio.

Los que acompañaban a Madigan opinaron:

—Quizá se ha equivocado al querer venir aquí en primer lugar. Ésta es una de las cooperativas menos interesantes de la ciudad. ¿Quién se la había mencionado?

—La mencionó cierra vez la revista *Newyorker*.

—¿La revista *Newyorker*? No la recibimos aquí, pero nos gustaría. Tendremos que pedir a nuestros corresponsales en Hong Kong que nos la envíen a nosotros también. ¿Y qué es lo que decía?

—Que podía considerarse una cooperativa típica. Por eso he tenido tanto interés en verla.

—Sí, una cooperativa típica sí lo es. No destaca de las otras ni para bien ni para mal. ¿Tiene interés en algún aspecto concreto?

—En el vestuario de sus habitantes, por ejemplo.

—Oh, por supuesto... Todo se fabrica aquí, puesto que hay una colonia textil muy cerca. Los costos de producción son mínimos y los tejidos resultan muy baratos. Los zapatos, en cambio, son más caros. Como por el momento hay dificultades para obtenerlos, se reparan hasta el límite de su aprovechamiento.

—Ah... Es curioso. Me gustaría hablar con el tipo que los repara.

Su guía consultó una libretita. Allí estaba todo anotado, todo previsto y, por supuesto, todo controlado.

—Ah, sí... Se llama Thieu. Podemos ir a su taller.

—Gracias, pero quisiera pedirles un favor.

—Claro... Diga.

—Me gustaría hablar con toda esa gente sin sentirme vigilado.

Moverme a mi gusto, husmear, mirar... Supongo que no hay inconveniente.

—Claro que no, señor Madigan. Nosotros le esperaremos aquí. Puede hablar con quién le plazca, aunque lo interesante es que no se pierda. ¿Quiere que le sigamos?

—No, no, gracias... Es más interesante para mí hacer las cosas a mi modo.

Y se dirigió hacia el lugar que le habían indicado. Hubo de reconocer que los chinos fueron perfectamente fieles a su palabra. Ni uno de ellos le siguió. Madigan pudo moverse con entera libertad.

Thieu era, en efecto, un hombre de más de cincuenta años, que tenía ya el pelo completamente blanco. Resultaba más delgado que los chinos, con una angulosidad y unos relieves óseos típicos de los vietnamitas pobres, aunque aquí no parecía pasar hambre. En su mismo lugar de trabajo había una mesa bien provista. Junto a ella, dos chiquillos repasaban unas lecciones, dando una sensación de idílica paz.

Madigan pensó que aquel hombre conocería el francés.

Por su edad, tenía que haber vivido en su país cuando éste era la Indochina francesa. Y en cambio, los chiquillos que estudiaban en la mesa no conocerían aquel idioma, aunque el inglés quizá sí.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Thieu también le habló en francés:

—Usted es un turista americano... ¿Cómo viene solo?

—Tenía que haber venido otra persona en mi lugar.

—¿Un compatriota mío?

—Más o menos, sí.

—¿Y qué le pasa a ese compatriota mío, si puede saberse?

—Ha creído que en estos momentos no podía venir a ponerse en contacto con usted. Pero me ha dado todos los datos necesarios.

—Se arriesga usted mucho, señor. Nunca creí que los americanos fueran tan imprudentes. Y no sé si ha pensado que de la imprudencia de usted puedo ser yo la víctima.

—No se preocupe. Visitaré luego toda la cooperativa y hablaré con docenas de personas más. Usted habrá sido uno de tantos. Y ahora que nos conocemos, no perdamos tiempo. Es necesario que me ayude.

—¿Un mensaje?

—Sí.

El cincuentón miró en temo suyo. La visión de los dos chiquillos que estaban estudiando le debió parecer peligrosa. Con voz velada dijo:

—Le enseñaré mi colección de zapatos, señor Madigan. Quizá le interese comprar algunos. Van escasos, pero a los extranjeros que pagan en dólares se los podemos vender.

Y le introdujo en una habitación del primer piso. Madigan notó que el vietnamita se cansaba de una manera desahogada al subir las breves escaleras. Llegó arriba reventado.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se cansa tanto?

—Padezco... del corazón. He tenido ya dos infartos.

—¿Y cómo está trabajando? ¿Por qué no se cuida más?

El otro le miró fijamente. Le miró con una fijeza casi patética.

Y Madigan se dio cuenta de la terrible verdad. Aquel hombre estaba desahuciado. La medicina es buena y barata en China, pero no se pueden hacer milagros. Sin duda se había llegado con Thieu hasta el límite que se podía llegar.

—Podría estar hospitalizado —dijo febrilmente el hombre—, pero no he querido. Igual voy a morir, y si reviento en la cama, mi única hija quedará sin un centavo. En cambio, aceptando este trabajo, puedo hacerla rica. Me han prometido mucho dinero por transmitir unos mensajes, ¿comprende usted? Y el dinero es lo mismo aquí que en Estados Unidos. Abre muchas puertas. Nadie puede escupir sobre él. Con lo que le deje, mi hija podrá llegar a ser una gran dama... Y ahora no hablemos más de eso. Hasta el hablar... me fatiga terriblemente. Por cierto, quiero que sepa... por qué están esos dos chiquillos ahí abajo.

—No me importa, Thieu.

—Es que quiero que conozca... mi situación familiar. No crea que soy un traidor... por gusto.

Y abrió una puerta junto al nacimiento mismo de las escaleras.

Allí había varios pares de zapatos colgando. Zapatos muy rudimentarios, pero todos hechos a mano y capaces de durar una eternidad.

Thieu tomó dos de dos pares distintos. Hizo girar los tacones con un hábil movimiento y unió mediante dos cables lo que había

dejado de ellos. Cada tacón contenía la mitad de una emisora que era una auténtica maravilla por su precisión y tamaño. El espía susurró:

—El alcance es limitado, claro, especialmente por dificultades de antena. Pero puedo transmitir a Hong Kong, y desde allí un enlace lo pasa a... lo pasa... a...

De pronto sus facciones se crisparon. Su boca dibujó una extraña mueca. Los zapatos cayeron al suelo. Las manos arañaron el aire.

Madigan apenas pudo farfullar:

—Pero..., pero, señor Thieu...

Aquellas manos que arañaban el aire fueron hacia el corazón. Madigan, con un gesto de impotencia, se dio cuenta de lo que pasaba. Vio el cuerpo de Thieu estrellarse contra la puerta. Ésta se abrió. Aquel cuerpo ya sin vida estuvo a punto de rodar por las escaleras mientras en sus labios se dibujaba una mueca patética.

Madigan quedó helado.

Porque aquello lo hundía todo.

Pero no era eso lo que más le preocupaba en aquel momento.

Los dos chiquillos de abajo habían desaparecido ya. No había testigos infantiles. Pero en cambio había un testigo adulta. Era una muchacha que en aquel instante estaba subiendo las escaleras y que quedó detenida en seco mientras su rostro era cruzado por una expresión de horror. Con un hilo de voz bisbiseó:

—Papá...

CAPÍTULO XI

Alf Madigan sintió que se le abría la boca. Sus ojos quedaron clavados en aquella figura de mujer. Notó una especie de frío porque todo se había hundido, todo se había ido al diablo. Pero al mismo tiempo notó que un calor misterioso, el calor de la vida, le subía hasta las sienes.

Porque no recordaba haber visto una mujer como aquélla.

La muchacha volvió a susurrar:

—Papá...

Madigan reparó no sólo en la espléndida línea de la mujer, en la que se daba una mezcla de razas obsesionante, sino también en los detalles que la identificaban: por ejemplo, las insignias del Partido, el librito rojo de Mao y aquella especie de uniforme que le daba una apariencia militar. Le gustase o no, estaba ante una convencida. Quizá ante una fanática.

Quiso disimular.

Señaló el cuerpo caído mientras murmuraba:

—Lo siento... Supongo que su padre padecía del corazón. Yo soy un turista, ¿sabe? Ha sido un accidente.

Hablaba en francés, como antes. Ella le contestó en el mismo idioma. Su voz no temblaba, como si fuera una muchacha acostumbrada a todas las calamidades.

—Ya sé que padecía del corazón... Por favor, entrémoslo ahí. No quiero que quede en las escaleras como un pingajo.

—Bien...

Y Madigan la ayudó a entrar el cuerpo sin vida. Demasiado tarde se dio cuenta de que los dos tacones que contenían la emisora estaban al descubierto, tal como los dejó Thieu en el momento de morir.

La chica los vio.

Tuvo que soltar el cadáver. Los brazos cayeron sin fuerzas a lo largo del cuerpo. Una especie de gemido escapó de sus labios.

Durante un instante dramático, sus ojos se clavaron en los de Madigan. Y los de Madigan en los suyos. El silencio les envolvió. Los dos oyeron solamente, en aquel rincón perdido del mundo, como si estuvieran en una isla desierta, el ritmo agitado de sus respiraciones.

Madigan apretó los labios.

El pensamiento salvaje pasó por su cerebro.

No había otra solución.

Tenía que matarla.

Pero la certidumbre de que aquel crimen era inútil, que no serviría para nada, puesto que ni siquiera salvaría su propia vida con él, se afincó en su cerebro como un alfilerazo. El no se dejaría llevar por el pánico, él no se rebajaría a extremos así. Con vez que intentaba ser calmosa murmuró:

—Señorita Thieu, espero que no quiera usted ensuciar la memoria de su padre.

—Ése... ese esbirro... Ese traidor...

—Lo hizo por usted. Quizá no lo comprenda nunca, pero lo hizo por usted. A los cincuenta años no se pueden cambiar ciertos conceptos aprendidos durante toda la vida. El creía en la importancia del dinero. Usted tal vez no, pero debe ponerse en el lugar de los otros. Debe disculparle, sobre todo teniendo en cuenta que no trabajaba para sí mismo.

—¿Llama trabajar a... a esto?

Parecía desconcertada, aturdida, pero una firme determinación se estaba adueñando de su mente. Madigan se dio cuenta de eso. Su dolor de hija estaba siendo sustituido a marchas forzadas por su indignación de patriota, y especialmente por su indignación de fiel miembro del Partido.

—Si usted me denuncia a mí, tendrá que ensuciar la memoria de su padre —dijo Madigan, creyendo que la convencería.

—No me importa.

—Podría acabar con usted —dijo lentamente—. No me costaría tanto trabajo.

—¿Y por qué no lo ha hecho ya?

—Debe ser porque aún conservo algunos principios morales que usted ha perdido.

—¿Sólo por eso?

—Le aseguro que sólo por eso. Usted piense lo que quiera.

—Pues le voy a decir lo que pienso, sucio bastardo. Le voy a decir, para que lo aprenda de una vez, que mi padre es mi Patria y que mi fe está en el Partido al que he jurado fidelidad. Yo respeto a mis mayores, pero siempre que mis mayores merezcan respeto. Y si he de ensuciar su memoria, si toda China ha de saber que Thieu se vendió, prefiero hacerlo antes que comprometer a mi país. De modo que vaya entregándome sus armas y poniendo las manos en alto. Sé que puede matarme, pero eso tampoco le servirá. Nunca llegará a salir vivo de Pekín si lo hace.

—¿Por qué no? Hay momentos en que esta cooperativa parece un desierto...

—Porque todo el mundo está trabajando, pero los ojos del pueblo vigilan. De modo que entregue sus armas. Ahórrese violencias si de verdad quiere tener alguna posibilidad de vivir.

El negó con la cabeza.

—No llevo armas —susurró—. Lléveme adonde quiera...

—Cobarde...

—¿La decepciono? ¿Piensa que debiera haberla atacado?

—Pienso que ningún hombre debe entregarse sin luchar.

—Está cometiendo una imprudencia, muñeca. Aún puedo hacerlo.

—No, no lo hará. Conozco de sobra a los cerdos como usted... Estoy en una colonia de rehabilitación de delincuentes y sé lo que piensan. Muchos de ellos aún tienen redención, pero otros son ratas inmundas... como los tres que me persiguen ahora.

Los ojos de Madigan brillaron un momento. Notaba que la muchacha estaba obsesionada con aquella idea. Quizá por allí hubiese una salida...

—Su padre me dijo que la perseguían —susurró—, y que por eso intentaba tener unos niños estudiando abajo. ¿Pero qué protección puede dar un chiquillo?

—La protección de la ley. Si uno de esos tres esbirros se atreve a tocarme en casa un pelo de la ropa, los niños serán testigos y ellos irán al patíbulo. Y pobres de ellos si tocan a un niño... Éstos son

sagrados para nosotros. Y le aseguro que en algunos lugares de la vieja China aún se cultiva el delicado arte de matar poco a poco. No se lo recomiendo a nadie.

—¿Y por qué estos tipos están merodeando por aquí, aun a pesar del peligro que corren?

—El peligro no importa cuando uno tiene una idea fija metida en su cerebro. Los revolucionarios sabemos bien eso. Pero si los revolucionarios tenemos metida en el cerebro una idea noble, esos fugitivos tienen metida en el cerebro una idea puerca. Quieren ultrajarme a mí también. Me odian. Me odian y me desean. Dicen que soy la mujer más bonita que han conocido.

Madigan meneó la cabeza.

No podía quitarles la razón. Y eso que la chica decía aquello con una total falta de coquetería.

Fue a decir algo porque le convenía que la muchacha siguiera por aquel camino. Mientras pensase en aquello, no le delataría. Con algo de suerte, una obsesión podría sustituir a la otra.

Pero faltó ese poco de suerte.

Ella barbotó:

—Sígueme, perro.

Le hizo una seña. Alf Madigan la siguió resignadamente, porque en aquel momento era lo mejor que podía hacer, pero mientras tanto su cerebro trabajaba a toda presión. Tenía que existir alguna salida. Y él tenía que encontrarla a la fuerza. Tenía que encontrarla o...

La luz del día arañó sus ojos. Estaban en una calle estrecha, entre dos casas tan iguales que parecían calcadas una en otra. No había nadie allí. Los guías oficiales no le había seguido.

La sensación de isla desierta se agudizó en Madigan.

La muchacha se confiaba demasiado. Pensaba quizá que con la razón —o creyendo tenerla— se puede ir a cualquier parte. No se daba cuenta de que, en aquella soledad, el extranjero podía matarla.

Madigan empezó a respirar agitadamente.

El maligno pensamiento se afincó en él.

Nadie les había visto salir.

—¿Adónde me lleva? —preguntó con una voz que le parecía la de un hombre lejano y distinto.

—Al Pabellón C.

—¿Qué es el Pabellón C? ¿Un urinario?

—Su maldita gracia americana no me hace reír, extranjero. El Pabellón C es el único sitio de la cooperativa donde hay un teléfono. Desde allí puedo llamar para que la policía venga a recogerle.

Y atravesaron otro callejón.

Vieron una puerta parecida a la de un garaje. Más allá había un recinto oscuro. La sensación de soledad seguía siendo total.

«Demasiado tonta esa muñeca —pensó Madigan—. Si todo lo que le han enseñado para vigilar a los presos es eso, va arreciada... Va arre...».

Y ya no pudo seguir pensando.

Porque en aquel momento todo dio un espectacular giro en torno suyo. China entera se transformó en una especie de rueda que se había vuelto loca. Los nervios de la nuca parecían haberle salido por entre los dientes. Sus rodillas vacilaron mientras el suelo ascendía vertiginosamente hacia sus ojos.

El culatazo que le acababan de propinar en la nuca era de los que destrozan a un gorila. Madigan se dio cuenta confusamente de que escupía sangre. Luego chocó contra la pared. Lanzó una maldición que hubiera dejado pálido a un matón de los muelles.

Luego todo dejó de existir. Todo dejó de importarle. Se hundió en las aguas quietas de la nada.

CAPÍTULO XII

Pero eso fue por poco tiempo; fue por unos instantes tan sólo. Porque enseguida empezó a pensar, en el fondo de su cerebro dolorido, que la chinita no había sido tan ingenua como aparentaba. Le había llevado a un sitio donde unos compañeros podrían golpearle. Donde le tendría seguro.

La rabia le hizo abrir los ojos.

El ingenuo había sido él.

La maldita puerca...

Sólo vio unas sombras.

Y entonces oyó un gemido.

Un grito estremecido de mujer que no llegó siquiera a atravesar la zona de las calles desiertas.

Enseguida un golpe.

Madigan cerró los ojos y los abrió de nuevo. Las sombras se concretaron un poco. Pudo ver lo que sucedía unos pasos más allá.

La chica estaba en el suelo, con el pantalón roto y la boca partida por un golpe.

Los tres hijos de zorra estaban inclinados sobre ella. Vestían de un modo bastante semejante a la chica.

Los pensamientos de Madigan se fueron aclarando.

Una serie de líneas tortuosas empezaron a quedar conectadas de nuevo en su cerebro. Se dio cuenta de la situación. Los esbirros que perseguían a la muchacha, decididos a todo, habían al fin dado con ella. Y eso explicaba el culatazo y los deseos de deshacerse de aquel desconocido que les estorbaba.

Los tres hijos de perra también le estaban mirando.

Uno de ellos barbotó, volviendo la cabeza hacia Madigan:

—¡Eh, tú, turista! ¡Largo de aquí! ¡Vete!

No les importaba dejarle marchar vivo. Daban por supuesto que un turista nunca querría comprometerse. No les traería complicaciones.

Y una vez se largara, violarían a la chica.

Luego la asesinarían seguramente.

La muchacha también dijo secamente:

—Vete, hijo de perra. Has tenido suerte. Ya eres libre. Yo nunca... nunca podré declarar contra ti.

—¿Qué van a hacer contigo?

—Me matarán antes de conseguir nada, pero me matarán. Lo que piensan hacer lo tendrán que hacer con mi cadáver. No les daré el gusto de que me vean sufrir. Y ahora vete de aquí, maldito... ¡Vete!

Madigan comprendió que era lo mejor.

Nunca hubiera soñado tener tanta suerte.

Podía incluso volver a la zapatería, llevarse la radio y eliminar todo peligro. Estaba salvado. Sólo tenía que andar unos pasos. Unos pasos... Unos pasos.

Pero no los dio.

Por el contrario, apretó los puños.

—Me parece que vais a tener trabajo, hijos de zorra —dijo en chino.

Los tres le miraron burlonamente.

Lo que dijeron a continuación tuvo que deducirlo Madigan por sus expresiones, pero aun así lo entendió. Uno de ellos escupió las palabras.

—Ese tipo está loco...

—Y tan loco. Habrá que matarle.

—¿Pues a qué esperamos?

Mientras uno de ellos se mantenía cerca de la aterrorizada muchacha, poniéndole un cuchillo en la garganta para que no se moviese, los otros dos avanzaron poco a poco. También llevaban cuchillos en sus manos, pero las hojas de acero no brillaban tanto como sus ojos.

Se notaba que disfrutaban con aquello.

Madigan no se movió.

El no llevaba armas que en aquel momento pudieran servir.

Ni siquiera estaba en forma, pues después del culatazo le dolía

horriblemente la cabeza.

Sin embargo, avanzó.

Sus labios formaban una línea recta e implacable.

Ahora Madigan no era ya un científico. Era un huracán.

Arqueó las piernas mientras mascullaba:

—Vendo una tumba a plazos. ¿Quién es el primero?

Fueron los dos.

Ambos se lanzaron a la vez.

Los cuchillos se movieron de forma centelleante, uno a derecha y otro a izquierda. Pero Madigan estaba acostumbrado a aquella clase de luchas. Había recibido un magnífico entrenamiento.

Claro que estos dos chinos sabían también el oficio.

Tenían agilidad de gatos.

Madigan se pegó instantáneamente a la pared mientras disparaba la pierna derecha. Su impacto fue brutal. El que venía por la izquierda clavó casi el cuchillo en la pared, pero el que venía por la derecha a poco se lo traga.

Sin embargo, no se oyó ni un grito. Todo lo que pasara allí tenía que hacerse en silencio.

Mientras uno de los enemigos pateaba, el otro saltó de nuevo como una flecha. Madigan le esperó. En décimas de segundo esquivó con la agilidad de un lagarto. El cuchillo pasó junto a él.

Se oyó un gruñido.

Y el «craaac» de un hueso roto. Madigan le acababa de partir el brazo al segundo chino.

Atacó de nuevo cuando el otro se estremecía de dolor. Tenía que aprovechar el momento. Y lo aprovechó sujetándole por la espalda y tirando brutalmente de los hombros hacia atrás, mientras le clavaba la rodilla en los riñones.

El chasquido fue espantoso.

El chino pareció partirse en dos.

Fue a estrellarse contra la pared.

Sus ojos desencajados miraban a la muerte desde más allá del tiempo.

El otro empezaba ya a recuperarse.

Y se lanzó de nuevo hacia adelante. Madigan le esperó con las piernas abiertas y teniendo en la mano el cuchillo del muerto.

En el último instante lo esquivó con un paso en falso, un paso de

ida y vuelta que desorientó por completo a su enemigo. Porque éste se pasó de listo y atacó por la derecha, creyendo que Madigan iba hacia allí, pero en realidad lo encontró de nuevo en la izquierda. Y cuando lo encontró ya era demasiado tarde.

Todo tuvo una rapidez alucinante.

Un brazo que se lanza.

Una cuchillada.

Un grito.

Un acero tinto en sangre que vuelve a clavarse otra vez...

Se volvió Madigan con la rapidez del rayo.

Porque aún había otro enemigo. Éste no se había atrevido a moverse del lado de la chica para impedir que ella huyera. Con el puñal todavía apoyado en la garganta femenina, no se le ocurrió otra cosa que gritar:

—¡Quieto o la destrozo a ella!

Madigan sonrió secamente.

Ya nada podía frenarle.

Disparó el cuchillo como el que dispara una bala. La hoja de acero salió proyectada por una fuerza increíble. El tercer fugitivo no había visto nunca una técnica de lanzamiento tan perfecta.

Y no la volvió a ver.

La lengua de metal se le clavó hasta el miocardio.

Llevándose desesperadamente las manos al pecho, cayó de rodillas mientras la lengua se le pegaba a la garganta.

Madigan dejó caer los brazos con un movimiento de fastidio mientras susurraba:

—Pues se han muerto con rapidez. Al menos no le hacen a uno perder el día...

CAPÍTULO XIII

La muchacha se le quedó mirando como si él fuera una aparición. Sus ojos, que ya eran grandes, se hicieron inmensos. Su poderoso busto tembló mientras el estremecimiento llegaba hasta el fondo de su cuerpo.

Ya casi no se acordaba ni de hablar francés.

—Pero tú... tú... —balbució.

Madigan negó con la cabeza.

—Si piensas que estoy orgulloso, te equivocas —murmuró—. Te aseguro que me siento avergonzado de mí mismo.

Los inmensos ojos de la chinita se fueron empequeñeciendo.

—Tú has hecho todo esto... —balbució—, para... para salvarme.

—Sí, pero supongo que no lo volvería a hacer.

—Has podido huir...

—Eso parece.

—Dejándome en manos de esos cerdos lo tenías todo arreglado. Podías haber solucionado lo del aparato de radio... Salvarte totalmente...

—No creas que no lo he pensado.

—Pues entonces, ¿por qué no has huido?

Madigan se encogió de hombros quietamente.

—Cuestión de decencia —dijo—. O tal vez es simplemente que me gustan tus piernas. No lo sé. No hagas demasiado caso de un cerdo capitalista.

Y le tendió la mano para que ella se pusiera en pie.

La chica temblaba.

—Nunca... nunca habían hecho esto por mí —susurró.

—Quizá porque nunca te habías visto en un apuro.

—Yo creí que la solidaridad entre los humanos era... era una

virtud sólo nuestra.

—Quizá sí —dijo pensativamente Madigan—, pero en otros países aún queda algo de una virtud llamada caballerosidad. La lástima es que se va perdiendo. En fin, ¿a qué esperas para llamar por teléfono?

Ella parpadeó.

Le miró como si no le creyera.

—¿Pero aún piensas que yo... yo...? —dijo con un hilo de voz.

—Nadie te lo impide.

—Me lo impide mi... mi decencia.

Madigan se dio cuenta de que aquella muchacha no se había visto jamás en una situación así. De que dudaba entre lo que le parecía su deber y lo que le ordenaba su conciencia: no perjudicar al hombre que la había salvado.

Triunfó su conciencia.

Mientras todo su cuerpo volvía a tener un estremecimiento, balbució:

—¿Vas a... radiar un mensaje?

—No, ya no.

—¿Has venido aquí para perjudicar a mi pueblo?

—Sería largo de contar y no lo entenderías —dijo él en voz baja—, pero la realidad es que no trato de perjudicar a ningún pueblo. Ni al tuyo ni al mío. Trato de que el uno siga teniendo miedo al otro, lo cual es una forma, al fin y al cabo, de salvaguardar la paz.

Y se volvió de espaldas.

Ya nada más tenía que hacer allí.

Lo sentía porque estaba seguro de que no volvería a ver a la chica. Pero decidió olvidarla, como se olvida una bonita imagen o se olvida un bello sueño.

La muchacha susurró:

—¿Cómo te llamas?

—Alf Madigan.

—Yo me llamo Estela. Bueno..., Estela es la traducción de mi nombre chino. Se refiere al reflejo que van dejando las cosas luminosas. Mis padres, por lo visto, querían compararme con los astros.

—Y quizá tenían razón. Eres como una estrella que uno ve reflejada en un charquito de agua y que parece estar a su alcance,

aunque ya sabe que no va a alcanzarla nunca. Tú y yo estamos en extremos opuestos del sistema solar. Y ahora deja que me largue.

De pronto notó la mano cálida, pequeña, casi entrañable de la muchacha. Aquella mano insistente que se clavaba en su brazo.

—Alf —musitó, siempre en aquel dulce francés.

—¿Qué?

—Los occidentales... ¿os despedís así?

—¿Qué has oído hablar tú acerca de las despedidas de los occidentales?

—A veces algunas películas... Pero son pocas las que llegan desde tu país al nuestro. Y libros, bastantes libros. Todos ellos dicen que sois unos corrompidos.

—¿En qué?

—Aseguran que los hombres y mujeres se despiden con besos.

—En fin... No sé por qué te maravillas tanto. Vuestros amigos, los rusos, tienen la costumbre de dárselos entre los hombres. Es una especie de saludo nacional.

—Supongo que lo vuestro... es distinto.

Y la muchacha le miró fijamente, más fijamente que nunca.

Sus labios temblaban.

Había en ellos una misteriosa palpitación.

Pedían algo que no se atreverían a decir nunca.

Madigan susurró:

—Peor para tú.

Y la besó.

La besó como un salvaje.

Le dobló la cintura como si fuera una caña a punto de romperse.

Le cortó la respiración.

Cuando la soltó, la chica había vuelto a tener un estremecimiento.

Pero lo único que dijo fue:

—Otro.

Madigan la levantó en sus potentes brazos.

Hizo que temblara otra vez su cuerpo.

Que se acordara de lo fácil que es ahogarse.

Que casi desfalleciera.

Al final, Estela quedó apoyada en la pared.

Jadeando.

Con los ojos turbios de una mujer vencida.

Madigan salió de allí.

También él era en cierto modo un hombre vencido.

No podía arriesgarse a repetir la fiesta.

O se quedaba en China para siempre.

Salió del barracón mientras su subconsciente también le decía:

«Otro...».

Pero no hizo nada para volver junto a aquella princesita.
Cualquiera corría el riesgo...

CAPÍTULO XIV

Lo primero que hizo, ante todo, fue volver a la vivienda del zapatero para retirar el aparato de radio camuflado. Sabía que, si dejaba aquello allí, no sólo fracasaba su misión, sino que se jugaba la vida y se jugaba también la vida de su esposa. Porque los chinos no creerían jamás que ella había venido con él sin saber nada.

El peligro corrido junto a Estela y luego sus besos le habían hecho olvidarse por unos momentos de la situación, pero ahora ésta volvía a él con todo su dramatismo. Si se distraía o si fallaba, estaba perdido. El y Myrna podían acabar frente a un pelotón de ejecución, junto a los muros de la Ciudad Prohibida.

Los músculos de Madigan casi le hacían daño de la tensión a que estaban sometidos. La cabeza le daba vueltas. De pronto se daba cuenta de que todo dependía de un segundo, de un gesto, de una mirada...

Entró en la casa.

Y de pronto vio a uno de los guías que le habían acompañado hasta allí. En sus labios había una sonrisa inexpresiva, helada. Dos camilleros retiraban ya el cadáver de Thieu.

Madigan sintió frío hasta la médula de los huesos.

Había llegado tarde.

La muerte de Thieu había sido captada antes de que él volviese. Los zapatos con la radio oculta también debían haber sido descubiertos. Todo se había ido al infierno en unos minutos.

Miró hacia arriba.

Sus ojos se clavaron en la puerta superior, junto a la cual había muerto Thieu. Estaba seguro de que allí encontraría ya los ojos helados de un policía militar. Pero la puerta aparecía cerrada. Arriba no se veía a nadie.

El guía musitó:

—¿Qué le pasa, señor Madigan?

Sus ojos estaban helados. Su sonrisa era cuadrada, como podía haberlo sido la sonrisa de un muerto.

—No... me pasa nada.

—¿Dónde estaba?

—Buscándole a usted —mintió Madigan mientras le dominaba la sensación de que aquel tipo se reía de él. De que se estaba divirtiendo con el juego del ratón y el gato.

En efecto, ¿por qué no le hacía detener ya de una vez? ¿Por qué no le acusaba? ¿O acaso quería darle cuerda para así descubrir toda la red?

Lo cierto era que aquel tipo parecía no haber descubierto nada. Su expresión era inmovible, pétrea. Dijo con voz helada:

—Yo le buscaba también a usted, señor Madigan.

—Es que me he perdido.

—Se lo advertí. Esta cooperativa no es tan pequeña como parece, y como la gente está trabajando, apenas se encuentra en la calle a nadie a quien preguntar. Pero vámonos ya. Este cadáver que ahora ve usted es el del zapatero de que hablábamos. Ha sufrido un síncope. Ya no podrá usted hablar con él; lo siento.

Los dientes de Madigan chirriaron.

¿Acaso aquel tipo no sabía que él había estado allí? ¿No se daba cuenta? ¿O seguía jugando al ratón y al gato?

El americano no contestó. Se limitó a hacer un gesto de pesadumbre. Vio cómo sacaban el cadáver mientras sus ojos iban fatalmente hacia la puerta superior.

Pero ésta continuaba cerrada.

Como si nadie hubiera entrado allí nunca.

El frío volvió otra vez hasta el fondo de sus huesos.

—Vamos —dijo el guía—. Le llevaré al coche.

Madigan avanzó arrastrando los pies. Nunca le había ocurrido eso. No sentía miedo por él, sino por Myrna. Imaginaba la cara que ella pondría cuando le comunicaran que quedaba arrestada por espionaje, cuando ella pensaba todo lo contrario: que su marido era un traidor a Estados Unidos.

El guía le preguntó melifluamente, sin mirarle ni desvelar su verdadero pensamiento:

—¿Qué le parece esta parte de Pekín, señor Madigan?

—¡Bah! —dijo él con un gesto de indiferencia—. Un sitio bastante aburrido. Un sitio donde nunca pasa nada...

CAPÍTULO XV

Wong le esperaba en la biblioteca de la casa. Como siempre, entraba igual que las sombras; parecía como si aquél fuera su reino, como si todo aquello fuera suyo. Madigan notó una crispación al verle, pero supo disimularla.

—Se está quemando una pila de basuras al otro lado de la casa —comentó, como si quisiera hablar de algo indiferente—. Allí, junto al río.

Wong envió al aire una sonrisa simiesca.

—Lo sé —dijo—, sé muy bien lo que ocurre con esas basuras. Ahora la combustión interior durará meses y aniquilará todos los residuos. ¿Pero por qué me habla de eso, señor Madigan? ¿Cómo ha ido su paseo?

Y a partir de aquel momento ya no habló. Volvió a emplear el lenguaje de los nudos con la rapidez de un auténtico experto. Madigan le correspondió del mismo modo, iniciando así una conversación que los micros ocultos no podían captar.

—No he podido comunicar —dijo Madigan.

—¿Qué ha pasado?

—Thieu ha muerto.

—¿Quéeee?

—No, no quiero decir que hayan descubierto su juego y hayan caído sobre él. Ha fallecido de muerte natural, de un ataque al corazón. Lo malo es que no he podido recuperar su transmisor de radio.

Wong necesitó apoyarse en una de las paredes. Toda su fortaleza vacilaba. Con gestos que denotaban un absoluto desconcierto, preguntó:

—¿Lo han... descubierto todo después de su muerte?

—No lo sé.

—¿Se da cuenta de que si lo descubren estamos perdidos?

—Yo sí, pero usted no, Wong. Jamás delataré al que me ha ayudado, aunque lo haya hecho por dinero.

—¿Qué piensa? ¿Tan ingenuo es? Le obligarán a delatar a todos sus enlaces aunque tengan que sacarle el cerebro por las orejas. No piense que son tan idiotas. ¿Qué ha hecho el guía que le acompañaba? Supongo que no será tan ingenuo como para creer que es un guía de verdad. Es un policía.

—No me ha dicho una palabra. Da la absoluta sensación de que no ha descubierto nada realmente. Nada...

Wong retorció sus dedos con desesperación antes de moverlos de nuevo.

—Eso no significa que esté usted salvado —dijo—. Mis compatriotas saben disimular muy bien. A veces sus caras son máscaras. Le darán cuerda para que se ahorque y yo... ¡yo estaré también perdido!

Estaba asustado, nervioso. Empezaba a sentirse dominado por el horror. Madigan sintió por él una especie de piedad, de repulsión y de asco.

—Usted es un mercenario —dijo—, y ya sabía que corría ese riesgo. Pero olvídelo. No le delataré nunca ni aunque me vayan sacando a trozos el cerebro por las orejas. ¡Al diablo!

Y salió de la biblioteca.

Necesitaba ver a su mujer. Necesitaba que Myrna no se encontrara tan sola en aquel mundo de horror que la envolvía. Penetró en el dormitorio donde sabía que estaba tan encerrada como una prisionera.

Y la vio de nuevo. Sus ojos llorosos y cargados de sueño indicaban lo que había sido el suplicio de aquella noche. Con las manos arañando todavía el cobertor de la cama, le miró como si él fuese una alucinación.

—¿Cómo te atreves... a entrar, hijo de perra?

Madigan se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

Pero esa frase tenía que haber sido captada por los micros y era justamente la que los chinos esperaban oír. El desprecio de una mujer americana que sabe que su marido está siendo traidor a los Estados Unidos.

El sabía por su parte que aquello formaba parte del siniestro juego.

Su mujer tenía que estar convencida hasta el fin de que era un traidor.

Y él tenía que soportar su odio y sus insultos. Era el precio que debía estar dispuesto a pagar. Era la parte más amarga del trato que había hecho con su Patria.

Pero ahora, cuando estaba convencido de que todo se había perdido, se sintió incapaz de soportarlo. Por un momento sintió la tentación irrefrenable de echarlo todo a rodar. Con voz velada musitó:

—Myrna, yo...

—¿Qué?

Ella había alzado la cabeza. Le miraba con ojos donde otra vez volvía a palpar la esperanza.

—¿Qué...? —repitió.

—No... Nada.

—¡Pues si no has venido a decirme nada vete de aquí, maldito! ¡Menea el rabo ante tus nuevos dueños! ¡Lámeles el culo!

Aquel lenguaje brutal era impropio de ella, pero ahora surgía de su boca como una maldición, como un torrente. Madigan sintió que la amargura se le metía hasta el fondo de los nervios como un veneno. Casi sin voz murmuró:

—Lo siento, Myrna. Perdona... Cada uno tiene sus ideas sobre lo que debe hacer.

Y salió de allí.

A él, que siempre había sido tan sereno, la cabeza le daba vueltas ahora.

Sentía un indefinible desprecio por sí mismo. En este momento no le hubiera importado reventar.

* * *

El profesor Ling vino a verle muy poco después. Ling, siempre tan educado, tan cortés y tan contemplativo, era uno de los primeros matemáticos del mundo y pudo perfectamente ganarse la vida como un millonario en cualquier empresa privada de la zona occidental.

Ocasiones no le habían faltado, puesto que su país le envió varias veces a conferencias científicas en Gran Bretaña y Norteamérica. Pero Ling era de los que piensan que se debe servir a la Patria por encima de toda otra consideración, aunque uno viva mucho más modestamente de lo que podría vivir.

Madigan le miró fijamente al verle entrar en la biblioteca.

Se preguntaba qué pensaría aquel hombre de él. Ling era un patriota y un hombre digno, mientras que él, Madigan, al menos aparentemente, era un traidor. Por ello Ling, aunque se veía obligado a colaborar con él, debía despreciarlo profundamente.

Pero no lo demostró.

Con expresión apacible dijo en perfecto inglés:

—Parece que está usted algo cansado, querido colega. Quizá le moleste el que empecemos a trabajar hoy. ¿Quiere que me retire?

—No, no... Para mí es un honor trabajar junto a un maestro como usted, profesor Ling. Cuanto antes empecemos, mejor para los dos y para la tarea que tenemos entre manos.

—De acuerdo, querido colega. En ese caso, pasaremos revista a las fórmulas matemáticas que le han permitido trabajar a usted. No sé si soy un iluso, pero pienso que su proyecto podría mejorarse.

Los ojos de Madigan brillaron quedamente, sin que el otro lo notase.

Aquello era más de lo que esperaba.

El profesor le indicaría el modo de mejorar el proyecto.

En cierto modo, era como si Ling se hubiera puesto a trabajar para los Estados Unidos.

Madigan trató de serenarse mientras los dos se sentaban ante la mesa de la biblioteca. Podía muy bien ser que de un momento a otro entraran los guardias rojos a detener a Madigan, pero por el momento no sucedía nada. Ling extendió unos planos sobre la mesa y empezó a escribir fórmulas matemáticas al margen. Madigan corrigió algunas. Durante largas horas, los dos hombres trabajaron en silencio.

Llegaron a absorberse en aquel trabajo.

Resultaba un placer trabajar junto a un hombre como Ling, que siempre encontraba soluciones inesperadas, casi geniales, para los problemas matemáticos más abstrusos. Y también para el viejo profesor chino debió resultar un placer trabajar junto a Madigan,

pues éste demostró tener mucha más imaginación de la que solían tener los otros científicos.

Lo cierto fue que los dos se olvidaron de sus problemas.

Sólo al caer la noche se dieron cuenta los dos de que no habían comido nada. Ling se levantó cortésmente.

—Para mí será un honor invitarle a un restaurante muy acreditado de Pekín, querido colega —susurró inclinándose—. Y el honor será mucho más alto si usted viene con su esposa. Le garantizo que para ella resultará una experiencia difícil de olvidar.

Madigan entrecerró los párpados con cansancio. Otra vez la mueca de sufrimiento apareció en él. Otra vez se dio cuenta de su drama íntimo y volvió a sentir en su propia carne el desprecio de Myrna.

Tenía que decirle la verdad.

¿Pero cómo?

¿Y si ella cometía alguna indiscreción? ¿Y si los chinos, que lo observan todo, se daban cuenta de que su actitud había cambiado, de que ella *volvía a ser feliz*? ¿No sería ésa una confesión de que realmente Madigan trabajaba para su patria?

Ling le miró fijamente.

—¿Qué dice a esto, querido colega? —susurró.

—No puedo. Lo siento.

—¿Por qué?

—Mi mujer me odia.

Los ojos del viejo no reflejaron la menor emoción. Para él los sentimientos humanos no debían tener la menor importancia.

—Es un precio muy alto el que usted ha pagado —susurró.

—Quizá demasiado alto. No sé si podré soportarlo.

—En ese caso venga solamente conmigo. Quizá le sirva para distraerse.

—Lo siento —dijo con voz opaca—. Es usted muy amable, profesor Ling, pero preferiría no moverme de aquí.

El viejo sabio pareció un poco desencantado, pero enseguida lo disimuló bien. Mientras alzaba un poco las manos dijo:

—Nuestros huéspedes son los que mandan. ¿Sabe por qué? Porque durante siglos nuestros huéspedes han sido nuestros invasores, pero ahora las cosas están cambiando para China. Somos un gran país, profesor Madigan. Le agradeceré que no lo olvide.

¿Era una advertencia? ¿Quizá una amenaza? ¿O tal vez simplemente una manifestación de su orgullo de ser chino?

Madigan lo tomó como una amenaza. Ling era de los que controlan sus emociones muy bien. Y quizá le estaba dando una oportunidad que podía considerarse amistosa. Le estaba dando la oportunidad para una confesión. Los chinos son muy aficionados a ellas, y después de una confesión era completamente seguro que Madigan salvaría su vida.

Sí. Probablemente Ling pensaba ayudarle, fundado en esa solidaridad que une a los hombres de ciencia.

Pero Alf Madigan no cayó en la tentación. Se limitó a sonreír con expresión indiferente. No quería ser un derrotado.

—Nunca olvidaría una cosa así —musitó—. ¿Por qué cree que he venido? De todos modos, a mí no me interesa la grandeza de las naciones en la guerra. Me interesa la grandeza de las naciones en la paz.

—No sabe hasta qué punto coincidimos, querido colega. Yo pienso exactamente lo mismo.

Y salió.

Madigan sentía que sus nervios le estaban traicionando. Tenía que hacer un tremendo esfuerzo para dominarlos. Los párpados le temblaban cuando recibían el impacto de la luz.

Su cerebro hervía.

Se daba cuenta de que estaba perdido. Ahora irían tejiendo una tela de araña en torno a él, pues los chinos nunca se precipitan. La implacable tela de araña estaría tejida con hilos de seda.

Y él no quería que Myrna tuviera que pagar también. Ella no era culpable. Por lo tanto, debía sacarla del atolladero.

Apretó los puños.

Jamás había pensado que se vería obligado a confesar aquello a Myrna, pues de ese modo ponía en peligro su misión, pero tal como estaban las cosas ya no podía mentir más. Convenía que ella supiera exactamente lo que se estaban jugando.

Entró poco a poco en el dormitorio.

Una luz incierta lo envolvía todo.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó ella con voz áspera—. ¿Necesitas a alguien que te ayude en tu traición? ¿Vas a pedirme encima que te haga de secretaria?

Madigan se sentó en el borde del lecho y buscó sus manos. Myrna las retiró vivamente, como si sintiera asco.

—¡Déjame!

—No trato de molestarte, Myrna.

—¡Me molestas con tu sola presencia! ¡No eres más que un sucio traidor! ¡Todo lo que tocas lo mar!

Madigan no tuvo en cuenta aquellos insultos. Al fin y al cabo, a Myrna no le faltaban motivos. Con voz calmada y que reflejaba la mayor serenidad susurro:

—Voy a decirte la verdad, Myrna. Si hasta ahora la he ocultado ha sido porque tu desprecio formaba parte de mi misión. La hacía más real y más verídica a los ojos de los chinos. Pero ahora las cosas se han complicado y no tengo derecho a mentir por más tiempo. Con vistas a lo que pueda suceder, es absolutamente necesario que sepas que yo no soy ningún traidor.

Ella pestañeó.

En sus ojos brilló una chispita extraña. Una chispita que era de sorpresa, pero al mismo tiempo también de esperanza y de incredulidad.

—¿Qué... qué dices? —balbució.

Debía hablar en voz muy baja, de modo que los micros no llegaran a captar los sonidos. Acercó la cabeza de su esposa para susurrarle al oído:

—He hecho creer a los chinos que trabajo para ellos, pero en realidad lo que quiero es conocer todo lo que sabe el profesor Ling. Y todo lo que su equipo ha llegado a averiguar sobre lo que a mi país interesa.

Ella le miraba con más asombro cada vez.

—Pe... pero, Alf... —balbució.

—Espero que me creas, Myrna. No te mentiría en un momento así.

—¿Lo que dices es... es cierto, Alf? ¿No te estás burlando de mí? ¿No tratas de hacer aún más sucias y repugnantes las cosas?

—Es una misión decisiva y que he aceptado con todo el riesgo que comporta, Myrna —le susurró él al oído—. Nadie más que yo podía llevarla a cabo y por eso decidí correr el riesgo pensando en el beneficio de mi país. Pero no creas ni por un momento que entre ese beneficio figura la guerra. Lo que pretendo —y no sé si soy un

loco al pretenderlo, pero al menos hasta ahora las cosas marchan—, es que los dos bloques tengan aproximadamente las mismas armas. Y, apoyándose en eso, sentirán el suficiente miedo uno al otro para no lanzarse jamás a una aventura bélica. Los chinos nos llevaban alguna ventaja gracias al profesor Ling. Quiero que esa ventaja quede compensada.

Ella le miraba con los ojos muy abiertos.

Estaba asombrada.

Quieta en la cama, con el cuerpo levemente tendido hacia él, se notaba que tenía que hacer un gran esfuerzo incluso para el sencillo acto de respirar.

—Alf... —bisbiseó—. Si tú me engañaras, yo...

—Te estoy diciendo la más absoluta verdad, Myrna. Si no te la dije al principio fue porque tu desprecio formaba parte del plan. Tú eres una especie de espejo para los chinos. Fijándose en ti, saben si yo trato de engañarles o no.

El delicioso cuerpo de Myrna sufrió un nuevo estremecimiento. Sus ojos brillaron con una lucecita distinta, con una expresión que hasta entonces no habían tenido. Poco a poco ladeó la cabeza hacia él.

Y buscó sus labios.

Los buscó ansiosamente.

Fue un beso apretado y cálido.

Pero, para Madigan, aquello tuvo una especial significación porque sabía que podía ser el último beso de su existencia. Poco a poco, con una especial ternura, acarició los cabellos de Myrna. Luego volvió a pegar otra vez los labios en el oído femenino para susurrar:

—Me temo que algo ha fallado y tengo la sensación de que puedo ser detenido de un momento a otro, Myrna. Por eso te he dicho la verdad, para que, si vienen a por mí, tú sigas fingiendo. A ti no te harán nada. No has engañado a nadie y por lo tanto te permitirán volver a los Estados Unidos.

—Pero... pero entonces tú...

—No es el momento de anticipar los hechos, Myrna. Lo que haya de pasar pasará. Pero recuerda bien esto: hasta el final debes seguir fingiendo que me desprecias. Tu salvación está también en eso.

Y se separó un poco de ella.

En sus ojos había una gran serenidad.

Pero en los de Myrna palpitaba el miedo, mientras los iba cubriendo lentamente un velo de lágrimas.

—Alf... —musitó—. Si a ti te ocurriera algo, yo... yo...

Su actitud era muy humana, y Alf la comprendía perfectamente.

—No me va a ocurrir nada —musitó él—, pero si me ocurriera piensa esto: Vas a seguir despreciándome hasta el final.

Y salió de allí.

Se sentía infinitamente descansado después de haberle dicho, a Myrna la verdad. Sabía que ella, al menos, conocía ahora el camino a seguir y no iba a equivocarse.

Se encontró entonces con los ojos helados de Wong.

Wong estaba ahora allí, con su expresión impasible.

Alf Madigan se dio cuenta ahora, de una manera instintiva, de que lo despreciaba profundamente, pero no tenía más ayuda que la suya. Wong era el único que le podía facilitar armas y ponerle en contacto con el exterior. Era el único que podía indicarle también un camino de fuga, aunque ésta se hiciera más imposible cada vez.

El chino le hizo unas rápidas señas. Madigan comprendió que le estaba interrogando sobre la actitud de su esposa.

Rápidamente, y también por señas, contestó:

—Está normal.

—Supongo que le sigue despreciando...

—Del todo.

—Eso es importante. Me temo que algo raro ocurre, porque han llegado unos oficiales de investigación que antes nunca habían estado por aquí.

Madigan inclinó la cabeza. Se daba cuenta de lo que aquello significaba. Con señas algo más lentas indicó:

—Puede haber alguna emergencia.

—Yo también pienso lo mismo, pero hemos de conservar la serenidad. Las cosas no están perdidas hasta el final, aunque lo parezcan. Y además está pasando una cosa que tampoco había pasado nunca.

—¿Qué cosa?

—En Pekín hay una representación diplomática norteamericana.

—Sí; eso lo sabe todo el mundo.

—Pues bien: los chinos van a introducir un espía en ella.

—¿De qué modo?

—Un rico comerciante pedirá asilo político. Normalmente los americanos le echarían a patadas, pero ése es un hombre que tiene grandes intereses en Hong Kong y que lo mismo comercia con un bloque que con otro. A los yanquis les interesa, porque puede darles vitales informaciones sobre las redes de espionaje chinas.

—¿Y le admitirán?

—Por supuesto que sí, pero es un espía chino. Cuando tenga medio de contar eso a sus jefes, será un servicio de primera categoría el que les habrá prestado. Esa clase de buitres resultan ideales para largarles información falsa. El fulano tomará un coche aquí y llegará a la legación americana convenientemente perseguido, ¿entiende? Incluso le tirotearán, para dar mayor sensación de realismo, pero sin alcanzarle. En fin, eso es algo que no nos afecta de momento. Lo que debe hacer es llevar una vida normal y fingir que no está nervioso. ¿Ha paseado?

—No.

—Pues hágalo. Interésese por las plantas exóticas del jardín y vea los nidos de los pájaros. Haga cualquier cosa menos encerrarse. Yo no sé lo que pasa, aunque después de la muerte de Thieu me huelo algo.

Madigan podía despreciar a Wong, pero no cabía duda de que éste era un profesional de primera talla. Por algo las redes norteamericanas en China lo habían escogido después de pagarle espléndidamente.

Salió de la casa. Una suave penumbra flotaba en los jardines. Los árboles enanos, parecidos a los de los jardines japoneses, despedían un suave perfume.

Wong permaneció en la casa.

Debía haber vigilantes en alguna parte, pero la verdad era que no se veían. La sensación de peligro que tenía Madigan se acrecentó. Justamente aquella calma tan intensa era lo que le deshacía los nervios.

Y entonces la figura apareció ante él.

Era una figura alta, de líneas rotundas, pero al mismo tiempo dotada de una suavidad felina.

Una figura en cuyos ojos rasgados brillaba una lucecita quieta.

Madigan quedó paralizado. El asombro le impidió reaccionar en el primer momento. Luego balbució:

—Estela...

CAPÍTULO XVI

En efecto, era la muchacha china la que estaba ante él. La misma chica de las viviendas cooperativas, con sus ropas humildes y sus manos algo encallecidas por el trabajo. La misma que podía hundirle puesto que lo sabía todo.

Madigan sintió frío en la columna vertebral. Era ella justamente la que habían empleado como instrumento para detenerle.

Estela avanzó poco a poco. Su mirada casi hipnótica no se apartaba de él. Sus manos hicieron un gesto lleno de dulzura.

Y sin embargo dijo con voz seca:

—No eres más que un perro sarnoso.

Madigan tragó saliva.

No debía extrañarle aquello, puesto que al fin y al cabo era natural que la chica le insultase. Debían haberla elegido a ella para detenerle, porque fue ella la que descubrió la emisora de radio camuflada, la que prestó a su pueblo un inmenso servicio librándole de un asqueroso espía del mundo capitalista. Sin duda, los chinos querían premiar a Estela permitiéndole que fuese ella quien detuviera a Madigan. Una simple muchacha de una cooperativa se vería catapultada a la fama, se convertiría en una heroína del pueblo.

Alf Madigan pensaba en todo eso mientras la miraba fijamente y mientras se decía con tristeza que nada de aquello valía la pena. No era justo seguir matando. No era lógico que él atacase a Estela pensando en una huida imposible.

De modo que le dirigió una sonrisa de resignación.

—Tú has ganado —musitó.

—¿Qué dices?

—Me has descubierto y has dado parte a tus jefes. Ellos quieren

premiarte, supongo, de modo que no me opongo a que me detengas.

Ella le miró como si no entendiera.

—¿Qué estás esperando? ¡Adelante, ya puedes conducirme ante tus jefes!

Ella movió la cabeza negativamente:

—Nada de eso... —balbució.

—¿Qué dices? ¿Nada de qué...?

—Nada de detenerte.

—¿Pues a qué has venido?

—A decirte que eres un... un perro traidor... un asqueroso enemigo del pueblo chino... un... un... No encuentro palabras lo bastante obscenas para decirte lo que eres. Pero no va a pasarte nada. Puedes alegrar tus nervios de cobarde, porque no va a pasarte nada.

—¿A qué has venido? —repitió Madigan, sin entender ni una palabra.

—A decirte que los policías no han descubierto las dos partes de la emisora de radio. *Para* suerte tuya, no habían entrado en aquella habitación.

—Bien —dijo con la misma voz tranquila—, y ahora tú has decidido denunciarme. Ahora ya sabes a qué he venido a China. ¿A qué demonios esperas?

—No voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque tú me salvaste la vida, y yo tengo que pagarte con la misma moneda. Me han enseñado una moral: cada acto justo debe ser recompensado. Tú has realizado un acto justo quizá por primera vez en tu vida, pero ésta es la recompensa.

Madigan abrió la boca con un gesto de asombro. Estaba tan sinceramente admirado que por unos instantes hasta le costó pensar.

Le maravillaba aquella ingenuidad.

Aquel limpio sentido del deber.

Y, ¿por qué no?, aquella suave belleza. La mirada de aquellos ojos claros. La verdad que había en ellos.

—Estela... —musitó—. ¿Has destruido el aparato de radio?

—Sí.

—¿Por lo tanto no hay ninguna prueba contra mí?

—Ninguna.

—¿Te das cuenta de que... de que nunca podré pagarte lo que has hecho?

—Yo no necesito que me paguen nada. Sólo quiero que no engañes a mi pueblo. Sólo pretendo que te vayas.

Y siguió mirándole con aquellos ojos limpios, con aquellos ojos donde palpitaba la verdad. Había en ellos también una oculta pena, como si Estela pensara que se estaba despidiendo para siempre del que iba a ser quizá el recuerdo más penoso de su vida.

Hundió la cabeza.

Entonces Alf la atrajo hacia sí.

Lo hizo sin darse cuenta. Quizá sin pensarlo.

Pero una fuerza irresistible le empujaba. Era una fuerza que parecía venir desde el fondo del tiempo, desde el fondo de su propio destino. Atrajo aquellos labios y la besó quietamente.

Ella se mantuvo inmóvil.

Pero con los nervios tensos.

Gozando hasta el último segundo de aquella silenciosa y férvida caricia.

Madigan susurró al cabo de un instante:

—Gracias, Estela. Quizá algún día pueda pagarte esto. No te arrepentirás de lo que has hecho hoy.

Y volvió la espalda.

Sentía un infinito alivio y al mismo tiempo un infinito cansancio, como si él mismo hubiera visto morir también un hermoso capítulo de su vida.

La figura de Estela quedó atrás.

Pronto pertenecería al pasado absoluto de las cosas que ya no vuelven.

Madigan atravesó una puerta y notó en la garganta el contacto de su propia saliva, espantosamente amarga.

CAPÍTULO XVII

Wong no había dejado de permanecer vigilante porque sabía que las cosas tomaban un mal rumbo. Todo aquel despliegue de fuerzas en las cercanías de la casa no le hacía ninguna gracia. Y aunque sabía que era una tramoya preparada para introducir un espía en la Legación de Estados Unidos, Wong era un profesional y cobraba por aquel trabajo. Por lo tanto, le parecía lógico arriesgarse sólo lo justo.

Pasó en silencio a una sala contigua.

En especial le intranquilizaba Myrna, la mujer de Madigan. Ella podía sufrir un ataque de nervios y estropear las cosas. Por lo tanto decidió echarle un vistazo para saber lo que hacía.

Entreabrió con sigilo una puerta.

Miró por la rendija.

Y tuvo una auténtica sorpresa, pues ella parecía cualquier cosa menos una mujer asustada. En ese momento se estaba cambiando de ropa, quizá para salir un momento o para cenar con la elegancia a que las occidentales están acostumbradas. El caso era que se paseaba por la habitación convertida en la figura más tentadora que Wong había visto nunca: una combinación negra, unas medias oscuras y unos zapatos de tacón. Era una imagen elegante, felina, dulce y al mismo tiempo con una brutal carga de erotismo. Wong, al mirarla, sintió que se le secaba la boca.

Malditas mujeres occidentales...

¡Pero qué bonitas eran las muy condenadas!

Si Wong estaba traicionando a su país era en parte para conseguir mujeres occidentales de aquella clase.

Para vivir en los Estados Unidos como un *pachá*. Para rodearse de señoritas expertas en el amor y que además se pareciesen

precisamente a aquélla.

Sintió el vehemente deseo de acariciarla.

De hacer una barbaridad.

Pero logró contenerse porque no podía pasar según qué límites. Y entonces tuvo otra brutal sorpresa. Porque ella, que no le había mirado en todo el rato, dijo sin embargo con la mayor indiferencia:

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué no entra de una vez y deja de mirarme como un atontado? ¿Es que acaso no le gusto?

Wong quedó con la boca abierta. En sus largos años de espionaje, nunca se había encontrado con una cosa igual. Estaba seguro de que la hermosa mujer no le había mirado ni una vez. Parecía como si adivinara el pensamiento.

Por primera vez en muchos años, estaba desorientado.

Balbució:

—Iba a entrar, pero me he dado cuenta de que estaba usted desvestida y por eso no lo he hecho. ¿De veras me permite pasar?

—Pues claro...

El entró y cerró la puerta.

En sus ojos rasgados brillaba una lucecita.

Estaba ansioso.

Pero siguió siendo un perfecto profesional y logró dominarse. Con voz absolutamente tranquila dijo:

—¿En qué puedo servirla?

—Un hombre como usted puede servir para muchas cosas, pero de momento deme aquel vestido que está *en el* armario. Voy a acabar de arreglarme.

—Pues es una lástima...

—¿Usted cree?

—No sé qué pensar. Las mujeres occidentales son caprichosas y además dominan a los hombres. Piden la igualdad de derechos cuando en realidad van a salir perdiendo, porque todos los derechos los tienen ya ellas. En fin... ya comprendo que lo que usted quiere es que le sirva de criado. ¿Es ese vestido el que le gusta?

—Sí.

Wong se volvió de espaldas.

Fue a alcanzarlo.

Y en ese momento sintió el frío de la muerte.

Sintió el impacto brutal del Más Allá.

Notó que la sangre le salía a borbotones y se le vaciaban las venas.

Myrna le había clavado el estilete hasta el fondo del corazón. Fue un golpe maestro. Pero luego sacó el arma y la volvió a clavar, esta vez todavía con más saña. El segundo golpe fue definitivo.

Wong se derrumbó.

Sus ojos oblicuos se habían hecho extrañamente redondos.

No pudo ni lanzar un grito.

Myrna dejó caer el estilete.

No había el menor gesto en su boca.

Ni la menor emoción en sus ojos.

Apenas se volvió al oír el chasquido de la puerta.

Sus ojos indiferentes, casi glaciales, se posaron en la figura de Alf Madigan, que estaba detenido en el umbral.

Madigan estaba asombrado y aterrado a la vez. No lo entendía. Contempló el cadáver de Wong y luego puso sus ojos en Myrna.

—¿Pero cómo has podido hacer eso? —balbució.

—Era necesario.

—¿Necesario? Pudo parecértelo a ti, pero te has equivocado, Myrna. Ese hombre no era uno de los que me vigilaban. Era el único ayudante con el que podía contar aquí. Era... ¡era el que tenía que apoyarme!

—Precisamente por eso —dijo Myrna fríamente—. Precisamente por eso, querido.

Y abrió otra de las puertas con un brusco puntapié.

Alf Madigan creyó estar soñando.

Porque Myrna dijo fríamente a los agentes chinos que estaban penetrando en tropel en la estancia.

—Detenedle. No es más que un cochino espía que ha querido engañarnos a todos.

CAPÍTULO XVIII

Madigan quedó tan quieto como si tuviera los pies clavados en el suelo. No supo reaccionar. La sangre pareció dejar de correr por sus venas. Una contracción pareció segarle la garganta.

Y sólo pudo balbucir:

—No... no es posible...

—Claro que es posible, querido —dijo Myrna suavemente—. Aparentemente ahora hay un buen entendimiento entre los Estados Unidos y China, pero muchos secretos de Estaco no se conocen. Se desarrolla entre bastidores una lucha sorda de la que tú has sido protagonista..., y yo también.

—Pero tú... ¿tú...?

Madigan tema la sensación de que se ahogaba.

Ella continuó con voz inflexible:

—Nuestros servicios de inteligencia tuvieron noticia de que un sabio norteamericano iba a pasarse a los chinos con el propósito interesado de conocer los últimos adelantos de éstos. Es decir, para espiar. Aparentemente sería un hombre que cambiaba de campo por motivos idealistas, por lo que eso nos planteaba un problema casi insoluble: ¿íbamos a rechazar a todos los idealistas que se rasaran a nosotros por miedo a que fueran espías? ¿O les someteríamos a vigilancias tan intensas que ellos llegarían a avergonzarse de haber cambiado de campo?

Con entonación helada, tranquila, prosiguió:

—Decidimos vigilar muy de cerca a los científicos que tenían probabilidades de ser ése espía, y uno de los que nos parecieron más sospechosos fuiste tú, aunque no estábamos seguros. La encargada de averiguar todo lo posible fui yo... y lo hice tan bien que incluso llegué a casarme contigo. No, no creas que sólo lo hice

por eso... —añadió con un suave gesto—. Lo cierto es que, además, me gustabas, por lo que mi trabajo se convirtió en un placer. Esperaba que tú me confesaras tu auténtico plan antes de emprender este viaje, en cuyo caso te hubiéramos detenido antes y nos hubiésemos ahorrado muchos problemas y más de una muerte. Pero tú no soltaste una palabra. No dijiste nada ni a tu propia esposa... hasta hace unos minutos. Por esa razón no he podido actuar, ya que no estaba segura de nada. Era posible que tú estuvieras realmente en nuestro campo, en cuyo caso un fallo hubiera resultado terrible. Pero ahora sé que no nos equivocamos. Y ahora vas a ser tú el que nos cuente todos los adelantos de tu país..., querido.

Alf Madigan seguía sintiendo como si su sangre hubiera dejado de circular. La cabeza le daba vueltas, pero una sola cosa aparecía como cierta para él: estaba metido hasta las orejas en un mundo miserable donde nada era verdad. Un mundo pútrido, lleno de secretos de Estado y de falsas sonrisas donde no vaha la pena luchar.

Le invadió un violento deseo de morir. Ya no le importaba el riesgo, ya no le importaba nada. Si le liquidaban, mejor. La única cosa a la que no se resignaría jamás sería a convertirse toda su vida en un prisionero.

Fue eso lo que le impulsó a saltar.

A jugárselo todo a una carta que estaba perdida y que, en el fondo, él deseaba perder.

Un oficial avanzaba hacia él.

Aquel oficial decía en perfecto inglés:

—Más vale que no oponga resistencia...

Estaba pronunciando la última sílaba cuando le pareció que la cabeza entera se le separaba del tronco. Había que ver cómo le había atizado aquel tipo que hubiera debido ser sólo un científico y en realidad era un fantástico atleta. La pierna derecha de Madigan se levantó con una agilidad que habría causado admiración en unas olimpiadas. La punta del zapato se clavó en el mentón del oficial, que cayó hacia atrás mientras lanzaba un sordo grito.

Los otros alzaron sus armas.

Pero tenían una consigna: No matar. Y ésta era la única ventaja de Madigan. Su único punto favorable, su única salida.

Una culata vino hacia él.

Le hubiera abierto la cabeza 6aso de alcanzarle.

Pero el soldado que la manejaba se encontró de pronto clavado en la pared. No supo lo que le ocurría. El golpe que acababa de recibir en la mandíbula le había hecho volar por los aires. El fusil se le disparó y envió al diablo una lámpara.

A partir de aquel instante, la confusión fue espantosa.

Todos se lanzaron en tromba contra Madigan.

Querían aplastarle materialmente y llevárselo convertido en un fardo. Pero no contaban con su agilidad y su desprecio absoluto a la vida. Madigan se lanzó de cabeza contra el más cercano y lo envió contra la ventana. Ésta se convirtió en mil pedazos.

Varios hombres chocaron contra la pared.

Myrna misma estuvo a punto de ser arrastrada.

Y de pronto, en aquél, inmenso caos, una mano llegó hasta su mejilla. Casi se la acarició.

Y una voz dijo quedamente:

—Adiós, querida. No te lo reprocho. En el fondo, Wong era un bicho que no merecía vivir.

Y Madigan saltó por la ventana rota. A causa de la desaparición de la lámpara, los soldados no le veían apenas en medio de toda aquella penumbra. Myrna gritó ansiosamente:

—¡Alf!

Y, quizá por primera vez en la vida, llamaba con todas sus ansias al hombre al que había aprendido a amar.

Quizá entonces se dio cuenta de la terrible soledad que la aguardaba.

—¡Alf! —volvió a gritar, ahora con lágrimas en los ojos.

Pero ya era demasiado tarde.

Alf había rodado por el césped y corría desesperadamente buscando una salida imposible. Estaba en el centro de un mundo enemigo, un mundo del que jamás podría escapar. Pero de pronto sus ojos se dilataron como si algo los hubiera sacudido por dentro. Se negaba a creerlo, pero... ¡Pero tenía un potente coche preparado allí cerca! ¡Y el que lo conducía le estaba haciendo señas para que subiese aprisa!

En el primer momento, Madigan no lo comprendió, pero eso importaba poco. Tenía una oportunidad al alcance de su mano y

decidió usarla. Se lanzó hacia aquel potente vehículo mientras una sombra parecía cruzarse ante él.

Estela, que estaba saliendo en aquel momento, gimió:

—¡Alf!

Y entonces, unos potentes brazos la sujetaron y la empujaron hacia el interior del coche.

Y una voz cálida dijo junto a su oído:

—Te he enseñado a besar un poco, pero me parece que aún he de enseñarte otras cosas...

Los dos rodaron por el interior del coche mientras éste se ponía instantáneamente en marcha. Desde las ventanas de la casa, el oficial gritó con todas sus fuerzas:

—¡Tirad! ¡Tirad a matar!

Ya había olvidado todas las órdenes. Lo que ahora deseaba era liquidar al fugitivo. Y nada era tan fácil, porque todo aquello estaba rodeado de soldados chinos.

Una verdadera granizada de balas se abatió sobre el coche. Lo acribillaban desde los cuatro puntos cardinales. Lógicamente lo tenían que haber dejado convertido en un colador.

Y sin embargo... ¡sólo unos cuantos plomos lo atravesaron por los lugares menos peligrosos! ¡Dio la sensación de que lo «adornaban» para que pareciese que lo habían tiroteado de verdad!

Y de pronto Madigan lo comprendió.

Un grito de alegría escapó de su garganta.

Porque se acababa de dar cuenta de lo que significaba aquello. Era... era lo del falso fugitivo que querían introducir en la Legación norteamericana para que espíase tras pedir asilo político. Los soldados chinos que rodeaban el lugar eran tiradores de primerísima clase y no colocarían ni una bala en lugares vitales del coche, pese a dar la sensación de que lo acribillaban. La orden de «tirar a matar» les había parecido una comedia más dentro de aquella comedia. Ellos cumplirían estrictamente las instrucciones recibidas: perseguir aquel coche hasta la Legación y permitirle entrar en ella, pero eso sí, bien acribillado para dar el pego a los yanquis.

Alf Madigan se dio cuenta de que estaba a salvo.

Era... ¡era como si fuese hasta su propio país!

Estela gimió mientras se abrazaba a él:

—Pe... ¿pero qué es esto?

—Te lo diré en inglés —susurró Madigan.

—Sólo sé francés. Inglés no.

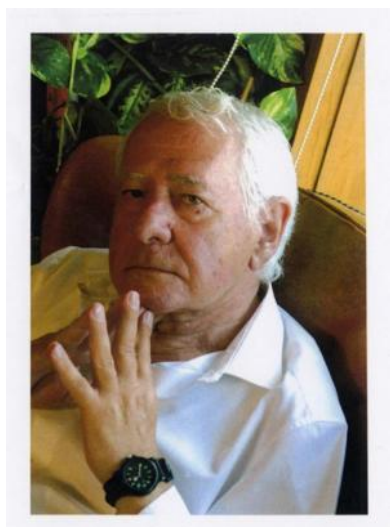
—No te preocupes. Lo aprenderás.

—¿En dos semanas?

Madigan dijo con una extraña ternura, mientras la miraba al fondo de los ojos:

—Me parece, nena, que vas a tener toda una vida...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.